



*Donde
no imaginas*

DOROTHY MCCOUGNEY

¿Cuánto valen las palabras?



Tabla de contenidos

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Si te gustó...](#)

[Biografía de la autora](#)

[Notas](#)

[Copyright](#)

Donde no Imaginas

Serie Durham N° 2



Dorothy McCougney

dorothymccougney.com

• Prólogo •

*Octubre de 1825, Condado de
Durham, Inglaterra.*

R:

«Una niña ejemplar, eso es lo que eres», solía decir mi padre cuando terminaba una ejecución aceptable de pianoforte o sugería una palabra más precisa en alguna frase de sus sermones escritos. Con el tiempo lo cambió por:

«una joven ejemplar, eso es lo que eres».

Yo pensé durante muchos años que ser ejemplar era maravilloso, pero con el tiempo se fue volviendo más y más cansino. Ahora creo que no existe nadie completamente ejemplar. En todo caso, mi padre luego cambiaría de opinión.

Esta historia será contada por sus protagonistas. La «R:», por Rachel, antecederá a mis palabras; y la «D:», por Dugan, a las del personaje masculino.



D:

Aquella mañana era fresca para dedicarse a las largas caminatas. A pesar de ello, y tras dar una excusa inverosímil a su padre, algo así como refrescar la moral, Rachel Stewart se dirigió hacia la colina que actuaría como lugar del encuentro.

El sitio había sido idea mía, porque sabía que pocas personas recorrían el lugar.

Al llegar allí se encontró con que Dugan Craig, es decir, yo, estaba sentado sobre el césped. A mi costado descansaba un frasco de mermelada de

calabaza, con una cuchara colocada sobre él.

Aquel asiento fue una decisión desafortunada, porque el lugar estaba húmedo y frío. Me crucé de brazos, intentando atrapar todo el calor que pudiera.

La joven era fácilmente reconocible, no solo porque pocas personas recorrían aquellos lugares cuando el viento corría frío, condición que habíamos aprovechado, sino por el atuendo estrafalario de su propia creación que portaba. Llevaba algo que ella describía como su hábito de montar color mostaza.

Este tenía unos botones dorados tan enormes que parecía que le tuvieran que cubrir el pecho de algún disparo de bala perdido, y un cuello de alas tan largas y puntiagudas que resultaba gracioso.

Llegó hasta mí con esos pasos nerviosos que le había visto tantas veces. Era común que patease piedras del camino sin querer.

Me paré, me incliné para saludarla, contestó con otra inclinación y nos sentamos juntos, en silencio.

Todo olía a tierra húmeda, excepto Rachel. Ella traía perfume de césped pisado y notas dulces de algún perfume

desconocido para mí.

El sol apenas brillaba, pero se colocó la sombrilla casi tocándole el peinado, para evitar que algún rayo mínimo pudiera colarse.

—Casi no hay sol hoy —le comenté, mirando su sombrilla.

—Ya lo sé, pero es importante cuidar mi piel. Tengo facilidad para crear lunares.

Su lunar, sí, una de sus obsesiones. Gracias a él su piel era blanca como el alma de los perros. Solo por un lunar, ese que estaba junto a su ojo, satélite orbitando ese inquietante planeta

almendrado (¿Le gustaría esta metáfora a mi hermano, que es poeta?).

Preferí obviar esa dirección de diálogo y proponerle que hiciéramos aquello que nos había convocado.

—He traído lo prometido —le dije.

—Sí, lo he visto junto a ti. ¡Quiero probarlo! Ya sabes que me encantan los dulces —me dijo mientras buscaba con la mirada el frasco que se hallaba a mi otro lado.

Lo abrí, saqué una pequeña cantidad en la cuchara de té, y le ofrecí probar, teniendo en una mano el frasco y en la otra el utensilio que le tendí. La textura

no era tan densa como se hubiera deseado, y temí que se manchara.

—¿Puedes dejar la sombrilla a un lado y colocar una mano debajo de la cuchara para proteger tu abrigo? —le dije mientras veía cómo acercaba su boca al dulce.

—No, no puedo. Ya sabes que debo cuidarme del sol.

Antes de que ella lograra limpiar la cuchara, y ante la frustración de los dos, una gota naranja fue a caer a su ropa.

—Está realmente deliciosa. —Se lamió los labios, aunque intentó hacerlo rápido, para que no la viera—. No

habías mentido al respecto, pero me manché.

Su boca brillaba, húmeda. No pude evitar que esa imagen me inquietara, pero meforcé a seguir con la línea de la conversación:

—Te lo advertí.

—Sí, eso es cierto; pero ahora, ante la circunstancia del vestido manchado, aprovecharé. ¿Me puedes dar otra más?

—Sí, por supuesto. Puedes probar las que quieras.

Le pasé otra vez la cuchara llena. Ni siquiera entonces fue capaz de dejar la sombrilla.

Así transcurrieron unos minutos, hasta que se hartó de tanto dulce. En esos momentos había entre nosotros solo miradas cómplices. El rumor del mundo se había apagado. Unas pocas aves piaban sobre un roble lejano, sin prestarnos atención.

—¿Puedes conseguirme la receta, Dugan?

—Sí, claro; se la pediré a Daphne.

Entonces me sonrió con simpatía, como era muy común en ella.

—¿Qué has estado haciendo? —le pregunté.

—He ayudado con un discurso de padre; ya tiene varios adelantados.

—¿Cómo le ayudas?

—Sugiero algunos cambios o sumo algunos párrafos.

—Debes ser buena con las palabras.

—Solo lo justo para considerarme educada. Mi padre es realmente bueno

—dijo, con algo de falsa modestia.

—Me parece que eres más justa con él que contigo. ¿Ya no dibujas?

—Solo diseños de vestidos. Y algunos moldes si la creación me gusta lo suficiente como para que me decida a

coserla para mí.

—Lo imagino —contesté, centrando de nuevo la atención en las grandes alas de su cuello.

Quería decirle que me gustaban mucho sus dibujos, pero sabía que me haría más preguntas al respecto, y no junté el coraje suficiente. Rachel tenía una actitud activa y llena de vida, que yo envidiaba, y que se veía reflejada en su arte, incluso en sus diseños de indumentaria, que rebosaban la misma necesidad de crecimiento, cambio y expansión que ella.

—Deberías seguir haciéndolo —le

respondí, aunque el matiz de esas palabras estaba lejos del que hubiese querido lograr.

—Tampoco soy especialmente buena en ello... —me dijo, y la duda en su voz me hizo considerar que quizás esperaba que interfiriera.

Me mantuve en silencio.

Yo tenía guardado uno de sus dibujos en el escritorio de mi habitación, uno de esos que no le importaban y que seguramente había dado por perdido. Se trataba de un retrato de la señora Forbes, que mostraba una mirada atenta a su sombrero. Tenía algo muy

caricaturesco que se había ganado mi especial admiración.

—¿De veras lo crees? —me preguntó, mirándome con ilusión.

—Sí, así lo creo —le respondí, con un tono neutro.

Llevó su mirada hacia sus manos e hizo girar su sombrilla. En eso estuvo varios minutos, en los que no supimos cómo continuar.

Recordé que tenía que entregarle algo: una canasta de papel que había realizado con cintas entrecruzadas. Le pedí que me esperase un instante y me fui hasta mi caballo. Saqué el regalo del morral,

volví a sentarme a su lado y se lo entregué.

—¡Oh!, ¡qué bonita! —me dijo—. Tienes gran habilidad con las manos —continuó—. Muchas gracias, Dugan; ya tengo otra más para mi colección. —Y la guardó en su ridículo con mucho mimo.

Pensé que nunca hallaría el mensaje, porque las figuras de papel no le interesaban realmente. La excepción eran las flores, ya que las usaba para adornar sombreros. En cuanto a mis regalos, los recibía por ser simpática conmigo. A pesar de ello, yo albergaba

la esperanza de que mi mensaje actuara como una especie de oración, como esas plegarias que se elevan a Dios, que parecen servir, aunque nadie las escuche; solo porque han sido dichas con el corazón, solo por existir.

Volvimos a quedarnos en silencio.

—¿Sabes que padre opina que ser enamorado no es una característica de alguien con carácter virtuoso? — preguntó, cortando el aire frío con su soplo repentino.

—No, no lo sabía —atiné a responder.

—¿Eres enamorado? —me preguntó mientras parecía observar la línea de

botones de mi chaleco.

Seguí la dirección de su mirada y se ruborizó.

—Me parece que no —le respondí.

Hizo un extraño sonido con la garganta, como de asentimiento mezclado con duda.

—Yo tampoco, pero si lo fuera, ¿me juzgarías?

La miré con seriedad y fruncí el entrecejo.

—No, de ninguna manera. Nunca voy a juzgarte, Rachel.

Me tomó del antebrazo un momento;

luego regresó su mano al mango de la sombrilla.

—Eres el mejor amigo, Dugan. Entonces voy a contarte algo: solo me enamoré cinco veces en mi vida.

No sabía si debía sonreír. No tenía muchas ganas de sonreír.

—Entiendo. ¿Y quieres contarme más sobre aquello? —le pregunté, siempre presto a ser un buen oído, porque sabía que las personas se sentían mejor luego de confesarse.

—No puedo hablarte acerca del quinto, porque aún sigo ilusionada —me dijo, mirándome con el rostro levemente

inclinado hacia mí y sin parpadear.

—¿No me dirás el nombre del quinto, entonces?

Movió la cabeza a los lados como una niña, frunciendo los labios. Con ello se sacudió la mata exagerada de rizos largos que dejaba a los costados de su cabeza, sin que yo supiese por qué en aquel momento.

—No te lo puedo decir —me contestó, con exagerado espacio de tiempo entre palabra y palabra.

—Bueno, puedes contarme de los otros cuatro si gustas.

—De acuerdo, ¿pero no te...

molestará? —me preguntó, con un tono de misterio que no entendí, o que encontré extraño; me era imposible imaginar sus añoranzas.

—No, creo que no —le contesté, y ese creo debió haberla hecho reaccionar, pero no lo escuchó o no lo consideró importante.

Su monólogo no solo me molestó; me hizo rabiar.

Dedicó las dos horas siguientes a hablar de cuatro cerebros de corcho ¹, a razón de treinta minutos aproximados invertidos en destacar las virtudes de cada cual. A dos de ellos los conocía; a

los otros dos, no, pero aquello daba igual; me exasperaba tener que escuchar lo maravillosos que le habían parecido en su momento, y cómo la ilusión se le había ido apagando cuando los caballeros dejaban de mostrar interés en ella.

Para empeorar mi incomodidad, una mosca de San Marcos, extraña de ver en tiempos fríos, comenzó a mostrar su cuerpo negro y alargado revoloteando alrededor del frasco.

Procuré ocultar mi irritación, y en algunos momentos hasta me dispuse a hacer preguntas que le permitieran

ampliarme el relato de lo acaecido con estos hombres. Parecía que lo gozaba, que de un cierto modo cruel esperaba dar justo en el punto que me hiciera saltar, hervir de ira, que se me calentara el cerebro hasta hacerse líquido y me borboteara en la cabeza.

Usó todo truco retórico que pudo encontrar para ensalzarlos; el único que evitó, el más sucio de todos, fue el de compararlos conmigo. La emoción que ponía en el discurso era tal que pensé que pronto la lengua se le cansaría o la saliva se le espesaría, pero nada de eso ocurrió tan pronto como yo hubiese deseado.

Mientras tanto, yo me rascaba la palma de la mano derecha con los dedos, y destrozaba una esfera que había creado apretando y frotando dos hojas de roble que me habían caído en el sombrero.

Y al mundo no le importaba. La brisa fresca nos saludaba con la misma calma. El eco del silencio volvía a envolvernos cuando ella se callaba. Los pájaros seguían ocupados en sus cuestiones vitales.

Quizás Lazarus se compadeciera. En cuanto terminó la charla, volví al castillo a encontrarme con él. Al menos

obtendría un maullido y la mirada interesada de sus ojos de colores diferentes (uno amarillo y el otro celeste).

• Capítulo I •

Mismo lugar, un año más tarde.

R:

Esta historia trata de amores, y creo que los personajes más importantes estaban aquel día en la parroquia, en misa dominical.

Yo, conocida como Rachel Stewart, hija de una buena mujer ya fallecida y del vicario, me hallaba sentada en la

primera fila de bancos de madera oscura. Frente a mí, mi padre declamaba en el púlpito. Solo se escuchaba su voz profunda, que reverberaba en el recinto. Algunos feligreses se mostraban admirados y otros se dormían.

En cuanto el sermón hubo terminado, pude mirar hacia el lugar que ocupaba Dugan Craig, un amigo que no solíamos ver en terrenos religiosos hasta hacía poco tiempo. Muchacho rubio, veloz, nervioso y parco en apariencia. Era mi amigo desde hacía varios años y el mejor compañero para las charlas que hubiera tenido. Siempre estaba dispuesto a escuchar mis disparates.

¡Cuán bien me sentía si el azar o los planes nos unían en algún paseo compartido!

Le sonreí levemente. Como solía hacer, giró el rostro, entregándome la mejilla, y no contestó a mi gesto, como si yo lo incomodara.

Me costaba entonces admitir que me molestaban sus reacciones. Había llegado, incluso, a ilusionarme con él en cierto momento, a escribirle líneas dulces en mi diario y a dedicarle pensamientos antes de dormir. Pero agradecí en ese instante, allí, frente a mi padre, que aquello hubiera pasado. El

muchacho no mostraba la más leve señal de estar interesado en mí y pensé que aquel afecto no tenía ningún futuro.

Mi padre tenía una pésima opinión de todos los integrantes de la familia McKay, entre los que se hallaba Dugan. Mi amigo había sido adoptado por el dueño de un castillo, a quien llamaba hermano.

Fui a mirar al suelo e imaginé la cantidad de tablones de madera que separaban sus pies de los míos.

Eran los McKay personajes estafalarios, como los tiene todo rincón del mundo. Estos son, pues, los que

quitan la uniformidad del color de las grises ciudades y los verdes campos.

Mi padre seguía con la misa, pero mi mente se había perdido.

Los habitantes del castillo de los McKay, tal era el nombre con el que conocíamos al lugar, eran una mezcla de ingleses con escoceses. El que peor reputación tenía era Neil McKay, el hermano mayor de Dugan. De este solo se sabía que escribía uno que otro verso, le gustaba vivir de noche, rechazaba a la iglesia y hacía trabajar a su esposa, que al casarse con él había descendido de clase social.

En esa familia bailaban mis pensamientos cuando sentí una mirada sobre mi rostro, casi como si fuera algo físico. Desde el otro extremo del mismo banco, Baldwin Loring me miraba de modo insistente.

Baldwin era el heredero de un hacendado conocido por su mal carácter, así como por el monto de cuatro interesantes cifras de libras en ingresos anuales.

Lo miré durante un momento, con timidez, esperando que con eso acabaría el contacto, pero no pareció conformarse. Cuando no debía seguir su

libro de cánticos, a través de los quince minutos restantes de la ceremonia, no me quitó la mirada de encima. Alto como un pino, frente ancha que hacía suponer una inteligencia madura, cabello azabache rizado. El hombre ya no era tan joven, pero sonrojaba a todas las jovencitas casaderas de la zona con solo oír pronunciar su nombre. Era uno de los caballeros más deseados, sin lugar a dudas.



D:

Cabecita de manteca, eso era ese Baldwin Loring. No sé yo si las frentes anchas significan que la gente piensa más o mejor.

Ahora he vuelto a tomar la pluma. Yo, Dugan Craig, uno de los citados más arriba. Parco, quizás sí, pero no un calavera bueno para nada. Me doy cuenta de que se me cuela cierto rencor, pero es inevitable. Se me pidió relatar los hechos con total sinceridad, y supongo que eso incluye a las emociones.

Aquel día eludí la mirada de Rachel, porque me costaba soportar sus ojos

sobre mí, pero ella no supo que en varias ocasiones me concentré en sus manos. Esos dedos, largos y finos, parecían los de una modelo de un cuadro perfecto, de los que solo se hacían carne en el mundo de la fantasía, a través de la imaginación. Mi mala vista no me permitía observarlo, pero sabía que llevaba el anillo que su padre le había regalado siendo niña, el de la piedra azul, el que tenía que usar en el meñique de tan pequeño que era, el que ella pensaba que adornaba su mano, cuando era su mano la que adornaba el anillo.

Me costaba lo de la misa. A veces me distraía viendo cómo la luz blanca y

suave pasaba por el vitral ubicado al fondo del altar, cubriendo este de manchas de colores brillantes.

Era cierto que llevaba poco tiempo asistiendo a la iglesia, aunque lo había hecho contra las sabias palabras de Neil.

—¿Me puedes decir por qué admiras a una muchacha a la que no le interesas como realmente eres?

Mi hermano tiene problemas para encontrar los matices, y me era difícil explicarle que amaba a Rachel por su buen corazón, su calidez personal, su capacidad para las interacciones

sociales, que me estaba tan negada desde el nacimiento, y su tendencia a defender a todos.

—Tú no la has visto cuidar de la familia Robards. No sabes cómo están esos chicos... casi abandonados... El padre muerto... La madre enferma... Ella va casi todos los días... Quizás la mitad de lo que comen viene de la vicaría. Creo que en una ocasión incluso me dijo que les horneaba los panes que les llevaba.

Neil alzó una ceja.

—Seguramente tienen a alguien para ocuparse de ese trabajo.

—No lo sé... pero el caso es que no la has visto, no las has visto como yo. Es querida por todas las muchachas, no solo las de su clase... Siempre está bien dispuesta. —Miré hacia el exterior, aunque era de noche, intentando que me llegara la inspiración—. Los caballeros también están interesados en ella.

Mi hermano se cruzó de brazos, disfrutando de mis intentos de convencerlo.

—No sé bien a qué apuntas con todo eso —me dijo.

—Lo que sucede es que no lo sé explicar con claridad.

—No tienes que explicarme por qué la admiras. El caso es que estás yendo a la iglesia para encontrarte con ella. Quizás pretendas mirarla, quizás pretendas tener una buena imagen ante sus ojos, pero no crees en la doctrina que te recitan. Me parece un poco hipócrita de tu parte.

Comencé a balbucear una respuesta que no se terminaba de formar.

—Olvídalo, Dugan. Eres un hombre ya. Haz lo que consideres mejor.

Recuerdo que la parroquia siempre olía a madera. Los muebles brillaban, el piso brillaba, solo la sotana del señor

Stewart no podía brillar, por la razón obvia de que era negra. Me asombraba la pulcritud estudiada del lugar.

Vi a Baldwin dedicado a Rachel. Su inclinación hacia ella me pareció evidente.

Sentí sobre mi costado un pequeño golpe. Cuando me giré, me encontré con la sonrisa de mi cuñada. Me había descubierto.

Perdí el hilo de la liturgia, respondiendo algo que no correspondía.

La humedad del día ascendía con el sol. La corbata y la chaqueta me comenzaban a resultar insoportables.

Me retiré con paso acelerado en cuanto terminó la misa. Me hubiera gustado poder entregar a Rachel lo que llevaba en el bolsillo, pero ella charlaba con Baldwin Loring.

Avanzamos unos pasos fuera de la parroquia. El olor a mueble antiguo y el tufo de multitud acumulada había cambiado a una brisa cálida y limpia. Una conocida de Daphne se acercó a saludarnos y debimos detenernos. Me miró con extrañeza. Otros tantos de esos ojos incisivos sobre mí.

Si yo hubiera sabido... Si hubiera tenido alguna mínima idea de lo que

pasaba por la cabeza de Rachel, seguramente habría actuado de modo más sensato, me habría forzado a sonreír, aun cuando quería volverme invisible; habría interferido, habría evitado lo que vendría después, habríamos ahorrado tanto dolor. Pero, ¿cómo podía saberlo si nunca me lo había dicho? En mi mente no cabía la posibilidad real de que una persona como Rachel pudiera amarme; solo se trataba de una ilusión.



R:

Una ilusión, señor Craig, una ilusión. Como si la persona amada pudiera valer solo una ilusión y no mucho más que eso. Como si no se pudieran alzar los brazos, las piernas, los cabellos, las armas y los puentes, todo, todo, lo que sea necesario por amor.

Mi padre se reunió con los Loring en cuanto terminó la ceremonia.

Creo que ya tenía trazado el plan de acercarme al hijo mayor, el llamado Baldwin. El viejo señor Loring, aunque todavía vivo, ya había perdido algo de color en el rostro; se veía cansado,

distante; menos iracundo, pero no más sonriente; más alejado, más del otro lado. Quizás ese andar hacia el otro lado no se produzca de manera tan brusca y nos vayamos despidiendo de a poco.

Dugan me hizo una breve inclinación antes de dejar la iglesia, sin haberse acercado a compartir ninguna palabra conmigo. Se marchó con sus empleados, su cuñada y su sobrina pequeña, antes que todos, como siempre. No era muy alto, y lo parecía menos bajo el marco de la gran puerta ojival de la parroquia, pero se veía ágil y fibroso, y tenía una espalda ancha. Esta última, según decía, se debía a su gusto por nadar, algo que

él llamaba deporte, pero que era otra de sus excentricidades.

Lo seguí con la mirada y vi que se mostraba inquieto mientras su cuñada y la pequeña se detenían para saludar a unos conocidos. Se aflojó el nudo de la corbata, incluso.

—Son gente rara esos McKay, ¿no le parece? —me dijo Baldwin, en el tono más bajo que podía para que nuestros respectivos padres no nos escucharan, destacando entre el alegre murmullo del resto de las voces.

—No lo sé. Quizás es que no los comprendemos.

—¡Es usted tan romántica, Rachel! —
Pareció vacilar luego de decirlo; se apresuró a continuar—: Se parece en eso a mí. Oh, sí, Keats y tantos otros... Dedico muchas horas del día a empaparme de versos. ¡Cómo siente uno que el alma es liviana, liviana al leerlos!

Se dedicó a mirar mi sombrero, uno de los más sobrios que tenía.

—No sabía que tuviera esos gustos literarios. Acierta usted. Admiro a Keats, Wordsworth, Coleridge, Shelley, Walpole, Scott y, como usted dice, a tantos otros.

Me miró a los ojos sin pestañear e inclinó la cabeza un tanto hacia mí.

—Quizás algún día podamos tener una charla más extensa sobre todos ellos.

Me apresuré a extraer el abanico de mi ridículo.

—Sería muy agradable —contesté, mientras me alejaba unos centímetros de él.



D:

Ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay, ay.

¿Por qué tengo que pensar en palabras grandilocuentes, que no se me vienen a la cabeza, si tengo el cerebro lleno de onomatopeyas? Ah, sí, ahora recuerdo. Es que Neil se ha cansado de decirme que empobrecen la escritura. Pero él es un poeta, y yo soy un pobre mortal de los números, y cada vez que escucho hablar de Baldwin Loring y el romanticismo, o Baldwin Loring y el amor, se me crispa la espalda hasta la nuca y me dan ganas de lanzar onomatopeyas.

Agradezco la sinceridad de la coautora a la hora de expresar las ideas que su padre tenía para con mi familia,

aunque quizás se ha quedado un poco corta: nos temía.

Éramos los personajes extraños de Durham. Por extensión de Neil, el más peculiar de nosotros, por todo lo malo que de él se decía, el resto también éramos gente sin moral, sin reglas, sin nada de qué enorgullecernos. El noventa por ciento de lo que se hablaba eran mentiras o interpretaciones equivocadas. Yo siempre estuve orgulloso de pertenecer a esa familia.

A pesar del prejuicio del padre, a pesar de tener que charlar a escondidas en lugares pactados o donde nos uniera

la casualidad, la relación con Rachel había ido creciendo. Tal había sido ese crecimiento que yo me encontraba en ese punto enamorado, y ella confiaba en mí como en ninguna otra persona, o al menos eso afirmaba.

Yo había estado trabajando en Londres durante dos años, adquiriendo experiencia como aprendiz de un administrador de fincas. Al volver a Durham había encontrado en Rachel un solaz del duro trabajo del día a día.

—Es peculiar ese Baldwin Loring — me dijo al día siguiente de la misa, mientras regresábamos a nuestras casas

por la misma senda, montando a caballo con un aire muy lento.

Creo que ella ralentizaba a su caballo para que nuestra conversación durase más. Yo puedo asegurar que lo hacía por eso.

—¿En qué te parece peculiar? —le contesté, y aunque en ese momento sí busqué sus ojos, me fue esquiva.

—No sé... El carácter es diferente al de su padre; parece más soñador.

—Bueno, muchas veces ocurre que no nos parecemos a nuestros padres. ¿A qué te refieres con soñador?

—Tal como yo. Nubes, nubes, nubes.

Flores, ah, hortensias.

Aspiró el aire húmedo del sendero, que olía a tierra mojada porque acababa de llover.

Me miró, esperando que yo dijera algo muy inteligente o muy profundo, quizás. Por un momento solo se escucharon los cascos de los caballos golpeando los pequeños guijarros mojados del sendero.

—Entiendo —fue todo lo que se me ocurrió contestar.

No me parecía entonces que el hijo mayor de los Loring fuera tan «soñador», aunque tampoco me

consideraba excelente juez de los seres humanos.

Noté que Rachel comenzó a mirar hacia un lado.

Escuché el ruido de un grillo en las cercanías, quizás oculto entre el césped que rodeaba el camino, pero no sabía que Rachel temiera a los grillos.

—Tengo que dejarte, Dugan. Acabo de ver pasar la sotana negra de mi padre frente a la puerta de la casa. Debemos ahorrarnos problemas.

Tomó entonces un camino lateral, sobre la hierba, ahí por donde no había senda, como si no fuera claro que

veníamos juntos por el único lugar que podíamos.

Como diría Rachel: «Oh, dolor. Oh, alfiler largo enterrándose en mi carne».

• Capítulo II •

R:

Mi observación sobre el estado de salud del mayor de los Loring no había estado equivocada. Falleció a los dos días. Su corazón, antiguo e iracundo, no soportó más.

Siempre me habían causado conmoción las muertes, aunque mi intelecto las entendiese como hechos naturales. Quizás me recordaban nuestro

carácter efímero, como todas las despedidas.

Llegué a *Windy House* al segundo día de velatorio. Encontré la habitación de la vigilia cubierta de tapete negro, como era costumbre. Las velas, ubicadas de manera estratégica cercanas a los espejos, reflejaban toda la luz que les era posible en esa cueva de ultratumba. Un escalofrío me recorrió la espalda.

Sobre la mesa, bien ataviado y ubicado dentro de un féretro de madera de olmo, se hallaba el cuerpo del señor Loring.

No había rostros tristes, ni siquiera

entre los más allegados a la familia. Todos se mostraban serios, pero parecían hallarse allí por una obligación social. Las lágrimas, las lamentaciones y las palabras de dolor dichas en susurros faltaron por completo.

Los dos hijos varones miraban el féretro como se mira algo ya antes percibido o calculado. Sus posturas y gestos, como ya había notado muchas otras veces, eran distintas. Baldwin miraba la escena con los brazos a los lados y una pierna ligeramente adelantada sobre la otra, flexionando una rodilla. Las piernas de Edward, por el contrario, eran dos columnas rectas;

mantenía los brazos cruzados y una mirada dispersa. Me pregunté si los vinculaba algo más que el apellido.

Los rostros de las dos hijas mujeres, a las que tenía por algo presumidas y engreídas, no podían observarse con claridad bajo los bonetes de luto y los velos de crespón.

Yo tenía en ese momento una excelente opinión del menor de los hermanos varones, Edward. Con menos de treinta años ya era un gran abogado, y hasta se comentaba que había rechazado algunos clientes por considerar injustas sus posturas. Solía vérselo con su perro

dálmata, con algunos allegados del mundo de la ley, o con Dugan, con el que parecía tener una amistad especial. Era alto y macizo; su cabeza parecía no caber en su pequeño sombrero. Resultaba impactante a la vista.

Me ofrecí para ayudar a repartir los recordatorios que las Loring habían pasado varias horas componiendo. Una rama de romero atada con cinta de seda negra para cada persona. Aquello me hizo suponer que pronto se realizaría el entierro, por lo que decidí no preguntar. Atardecía.

Pasada la medianoche se dispuso que

comenzaría la procesión hacia el cementerio de la parroquia, donde se enterrarían los restos del señor Loring. Las voces y el sonido del roce de los vestidos se multiplicaron entonces.

Cubrieron el cajón con un paño de terciopelo negro y lo llevaron hasta el carruaje principal. Al seguirlos observé que los caballos que tiraban de los coches de luto llevaban las cabezas vestidas con plumas negras de avestruz, lo que les daba un aire especialmente triste.

Una caravana larga de carruajes rodaba con lentitud hacia el cementerio.

Parecía que todo el pueblo estuviera allí. Los coches negros provistos por la empresa de pompas fúnebres encabezaban el largo camino, que se veía en la distancia como una seguidilla de velas mágicas a las que les hubieran crecido ruedas.

Luego los perdí de vista, pero pude observar y escuchar a mi padre en mi imaginación. Estaría comandando el servicio en la iglesia, y luego caminarían hasta la tumba, en la que, vestido con su pelliza blanca común de los sacramentos, destacaría entre la masa oscura informe que compondría el resto del pequeño grupo que llegaría

hasta ese terreno santificado.

Las mujeres, como era costumbre, permanecimos en *Windy House*.

Dugan fue el único McKay que se había presentado a dar sus respetos, y hasta se sumó a la procesión con su caballo. Se trataba de un gran amigo de Edward, por lo que su presencia era comprensible. Los miembros restantes de esta familia no se acercaron a los Loring, porque no eran personas de fingir aquello que no sentían.



D:

De ese evento recuerdo especialmente que tuve una breve charla con mi amigo, Edward, en algún momento del velatorio en *Windy House*, la residencia de los Loring. Esta era una mansión mediana, de líneas geométricas simples y bellas, en la que no siempre corría un viento fuerte.

Recuerdo que los sirvientes de los Loring iban y venían, vestidos de luto por orden de Baldwin. Las hijas del difunto velaban junto al cajón.

Nosotros habíamos salido para tomar algo de aire. El olor a vela consumida y

flores marchitas a veces le hacía sentir a uno mareado. En mi caso, además, me recordaba la muerte de mi madre.

Ambos estábamos de pie bajo el pórtico de entrada, en silencio, con esa camaradería que mostramos los hombres que no requiere de palabras, sino solo de la presencia. Nos acompañaba su perro dálmata, un ejemplar joven y de gran porte que no utilizaba para acompañar a los carruajes de la familia, sino como sana compañía en un hogar que sentía demasiado frío y falta de afecto. Su nombre era Frank y en esos momentos se hallaba a su lado, sentado sobre sus patas traseras. Mi amigo le

acariciaba la cabeza.

—Creo que las cosas se pondrán más difíciles por aquí —me dijo Edward.

—¿A qué te refieres con eso?

—Todavía no he podido salir de este maldito lugar.

Le contesté con un sonido bajo y gutural de asentimiento. Yo ya sabía que Edward había querido dejar esa propiedad toda su vida, pero aún no había logrado ahorrar la suficiente cantidad de dinero para comprar la propia; y entonces, antes de lo esperado, todo pasaba a manos de su hermano, como siempre se supo que sería.

Edward resopló.

—Creo que deberás tener paciencia
—le dije.

—¡He tenido ya tanta!

—Necesitarás más —le di una
palmada en el hombro y nos miramos,
sabiendo que poco o nada se podía
hacer al respecto.



R:

Creo que aquel día, que marcó un hito
en la historia familiar, fue cuando

Baldwin Loring tomó la decisión de que yo sería suya.

Se acercó a mí cuando regresaron del camposanto, una vez concluido el entierro. Me encontraba en el vestíbulo, tomando algo de aire y esperando que mi padre viniera por mí. Me agarró suavemente del brazo, clavándome sus ojos expresivos, un tanto húmedos:

—Haga el favor, por su bondad, de decir a su padre que sus palabras me han conmovido. Por una cuestión de orgullo masculino me resulta difícil decírselo ahora, con este grado de turbación.

—Sí, no se preocupe. Se lo diré.

Le señalé la salita en la que se había servido té, por si quería calentarse un poco.

Comenzamos a caminar lentamente hacia allí. Edward nos seguía, tan cercano que sentí algo de incomodidad. Me dije que debía tranquilizarme, que si Edward tenía tan buena reputación en cuanto a su moral debía ser porque provenía de una buena familia, que el hermano tenía que ser de la misma buena madera.

Cuando miré hacia Baldwin, torció el rostro hacia el otro lado, reparando unos segundos en los pocos dolientes que

habían quedado en la sala de la vigilia.

Hicimos el resto del camino hasta la mesa de té en silencio. Su mirada había ido a parar al piso de la propiedad.

Antes de transponer la puerta de la sala y de que su hermano pudiera ubicarse a su lado, me lanzó, algo apurado, estas palabras:

—Espero volver a verla pronto. Necesitaré mucha ayuda para superar el dolor de esta pérdida. Solo un ángel como usted podrá mitigarla. —Su boca mostró un gesto de cansancio—. Discúlpeme, debo seguir atendiendo a mis parientes y amigos.

No puedo negar que me conmocionó. Nunca me habían llamado en esos términos, y era casi una desconocida para él, pero me sentí demasiado halagada como para que aquello no aumentara mi simpatía hacia Baldwin.

Cuando me marché de la casa con mi padre, transportados por el cochero de los Loring, recordé las hortensias que había visto ya varias veces en *Windy House*, y me dije que la existencia de mi flor preferida en aquel lugar quizás fuera una buena señal.



D:

Ojalá Edward hubiera tenido el tino de decírmelo entonces. Supongo que ya lo sospechaba, porque dos días después de aquel incidente, a mitad de una de nuestras charlas, me dijo:

—Creo que mi hermano está tramando algo, pero no lo aseguraré a nadie, ni siquiera a ti, hasta que logre comprobarlo.

• Capítulo III •

R:

Había pasado una semana y tuve entonces alguna especie de recuerdo brumoso, de vínculo inconsciente.

Cuando salí de casa, el sol aún no me permitía llevar la sombrilla con el mango recto, sino que debía inclinarlo para darme una protección total. Iba por el camino empedrado que siempre me llevaba al centro del pueblo, a pesar de

que mi padre insistía en que fuese a caballo. Llevaba mucho tiempo siendo la encargada de comprar papel, material que mi padre usaba en grandes cantidades.

Luego de unos minutos de caminata vi que las nubes, como obedeciendo a un ritual de atracción, acabaron por juntarse y oscurecerse. Decidí cerrar la sombrilla.

Entonces apareció, caminando a mi lado, las manos unidas en su espalda, en silencio. En un primer momento pensé que se trataba de Dugan, que ya antes me había acompañado por el camino hasta

la tienda de papel; pero no, era Baldwin. Estaba vestido de negro, con unas botas *Wellington* impecables. La única excepción al luto estaba dada por su camisa blanca immaculada.

—¡Buen día, señorita Stewart!

—Buen día, señor Loring. Debo decir que me asustó.

—Discúlpeme, por favor. No estaba seguro de cómo abordarla; solo sabía que quería hacerlo.

Dejé de mirarlo y me aferré a mi ridículo. Comenzaba a soplar un viento más frío.

—Hace mucho que no la veo.

—Hace solo unos cuantos días, pero es lógico que tenga una pequeña reclusión para vivir el duelo.

—Sí, quizás, no lo sé... ¿Cree usted que el duelo se viva mejor en la reclusión? ¿No es mejor rodearse de las personas que pueden alegrarle el día?, ¿que pueden hacerle creer que hay cosas por las que vivir todavía?

—Bueno... yo...

—Usted, eso, usted no sabe, pero no hay nadie así en *Windy House*. Todo recuerda a mi padre, a la imagen que todos tienen de él, que es tan diferente a la que yo quiero mostrar al mundo y

pesa sobre mí. Todo pesa sobre mí, señorita Stewart.

—No acabo de entenderlo, señor Loring.

—Me han dicho a veces que soy un tanto misterioso —respondió; asió con firmeza su bastón y comenzó a dejar con él marcas más notables en el suelo—. Me refiero a que soy muy diferente a mi padre.

Me pareció que dirigía entonces una mirada incisiva hacia mis senos.

—¿En qué sentido?

—¡En todo! ¡En todo! No me gustan a mí esos ataques de furia que él solía

tener tan frecuentemente, que le habían ganado el apodo de «el rojo», y déjeme decirle que ciertamente se ponía rojo en esos momentos. Mi hermano ha heredado ese tipo de temperamento; yo no.

—¿Su hermano? No lo tenía por un hombre de tal carácter. No es lo que se dice de él.

Me rozó el codo con el suyo, por lo que me deslicé hacia la izquierda.

—No siempre se dice la verdad sobre las personas, señorita Stewart. A veces lo que los demás piensan de nosotros no es más que un juicio superficial,

construido con leyendas, imaginaciones y chismes.

—Quizás tenga razón. Después de todo, quién podría conocer mejor a su hermano que usted, que vive con él.

Le dediqué una sonrisa para indicarle que lo comprendía. A mí tampoco me gustaba la gente que vivía de mal humor.

El olor nos había advertido. Nos acercábamos hacia lo que parecía haber sido una liebre; habría muerto en las garras de algún depredador. Las moscas aprovechaban la carroña. Tuvimos que taparnos las narices con las manos.

Cuando logramos dejar atrás aquel

mal momento, él continuó:

—Es usted, en cambio, tan diferente. Hay en usted tanta luz, tanto sol, tanta candidez...

Parpadeé, un poco confundida.

—Me halaga usted mucho.

—No todo lo que se merece. —Se me acercó más, salvando las distancias que había puesto mi deslizamiento—. Oh, llevo ya tiempo conversando con usted y no le he preguntado si podía acompañarla en su caminata.

—Sí, claro que puede, aunque le advierto que será larga. Voy rumbo a la papelería.

—Se abastecerá de ese material noble que utiliza su padre para sus grandiosos discursos.

Sonreí.

—Eso mismo.

—¿Le transmitió mi mensaje del día del entierro?

—Sí, claro que lo hice. Me respondió: «hombres como el señor Loring se merecen eso y mucho más».

—Le agradezco mucho.

Se interpuso un silencio entre nosotros, que el caballero aprovechó para cerrar los ojos, mientras sentía en

su rostro el roce de una brisa suave y fresca de otoño, que traía olores de hierba y humedad.

Luego los abrió, como retomando a la vida, y suspiró.

Una araña marrón pasó corriendo a gran velocidad en dirección transversal a la nuestra. Se fundía con el sendero y parecía como si la tierra borboteara. Yo me quedé atrás, esperando que se alejara. Él no percibió nada de ello.

—¿No es hermoso este lugar? ¿No es hermosa esta brisa? ¿No es hermosa la vida? ¿No somos unos afortunados?

—Sí, señor Loring, creo que está en lo

cierto.

—¿Ve el efecto que causa en mí? Hace que, aun en mi inquietud, piense que todo vale la pena. Al estar a su lado no puedo evitar recordar a Keats: «Despierto por siempre en una dulce inquietud, silencioso, silencioso para escuchar su tierno respirar, y así vivir por siempre o si no desvanecerme en la muerte»².

En ese momento debí sonrojarme de manera notoria, porque sentía que me ardían las mejillas. Aunque me costaba respirar, traté de mostrarme como una dama, y que la afectación no se me

notara.

—Creo que no merezco tanta benevolencia.

—Oh, no, no es así. Es su sola presencia, el solo tenerla a mi lado. No sé qué tiene usted, señorita Stewart, pero es algo mágico.



D:

¿Botas *Wellington* impecables?
¿Puede ser que las mujeres observen los pies de los hombres? La lectura de las

palabras de una fémina está llena de descubrimientos.

Supongo que aquel evento le recordó al que antes había vivido conmigo. Aquel fue un buen día. Eran buenos todos los días en que compartíamos las horas. No recuerdo todos los detalles, pero comentaré los más importantes.

Nos encontramos por el mismo camino, fingiendo que nos había unido la casualidad. La verdad era que habíamos acordado comprar papel juntos. Rachel realizaba esa compra una vez cada dos meses; lo sabía porque me lo había dicho. Mis compras de papel eran más

espaciadas, porque no requería de tantas cantidades. Creo que el vicario estaba dedicado a la escritura de algún libro, aunque eso es algo que se niega a detallar hasta el día de hoy. Yo, por mi parte, solo necesitaba cantidades sensatas de papel común, para los trabajos escritos de mi familia; y escasas de papel especial, para la creación de mis figuras. Me alegraba si encontraba alguno con colores o motivos interesantes, lo que era muy difícil en aquel pueblo de Durham.

Me acerqué a Rachel y la saludé. No la asusté; ella me había visto venir en la lejanía. A los lados del camino se

extendían los árboles y «las hojas anaranjadas que estos habían llorado», como Rachel las había llamado una vez.

—Buenos días, Rachel.

—Buenos días, Dugan. ¿Qué has hecho durante el día?

—Estuve haciendo cuentas en la residencia de los Smith. Acabo de terminar. ¿Y tú?

—Voy hacia la papelería.

Sí, eso ambos lo sabíamos.

Seguí caminando a su lado, en silencio, el paso rápido y los brazos pegados al torso, como creo que me

mostraba siempre. No sabía cómo continuar, pero creo que temió que la charla terminase en ese punto.

—¿No quieres conversar hoy? —me preguntó.

Me fijé en sus ojos, otra vez, como solía ocurrir en mis sueños. Me parecían sinceros y claros.

—No sé muy bien de qué podríamos hablar.

—De cualquier cosa... como hacen todos. Es un día melancólico, ¿no lo crees?

El cielo estaba cubierto, lo que era muy común. El clima no parecía ser

especial. Ella se veía un tanto inquieta. Sus ojos barrían los costados con movimientos veloces.

—Sí, supongo. ¿Te molesta que te acompañe? —le dije.

—No, nunca me molesta que me acompañes, solo es que no quiero tener problemas con mi padre, por eso me oculto.

—¿Tiene una muy mala imagen de mí?

Pensó un momento antes de contestar.

—Peor es la que tiene de tu hermano. No sé bien qué imagen pueda tener de ti. Igualmente, yo sé que eres un excelente muchacho.

Alcé los labios hasta acercarlos a la nariz, pensando en cómo preguntaría lo que quería preguntar.

—¿Por qué me llamas muchacho y no hombre?

Ella se mostró asombrada.

—Oh, perdona. —Sonrió—. No lo hago con mala intención. Solo se trata de que eres joven.

—Soy menos joven que tú. —Sonreí también, aunque con ironía.

—En eso tienes razón. Cuéntame más sobre tus actividades del día.

—He trabajado mucho. Estoy un poco

cansado, pero todavía tengo pilas de papeles por revisar. A veces parece que no se van a terminar jamás.

—Eres bueno para los números.

—No lo sé. ¿No sería pretencioso hablar de mí mismo?

—¡Eres siempre tan humilde! ¡Saca pecho! —Me golpeó la espalda con fuerza, como para evitar que me encorvara.

Se rio con ganas durante lo que pareció ser más de un minuto.

—¿Y tú, Rachel? ¿Qué has hecho hoy?

—Estuve sumando nuevos diseños a

mi colección de láminas de moda. Pongo mucho trabajo en ellas, porque quiero que sean más exquisitas que las de *Ackermann's Repository*. También estuve adornando sombreros. Como ya sabes, tengo muchos de ellos.

—Sí, he visto casi todos tus sombreros.

—Tal como dices, «casi todos», porque tengo algunos sin estrenar.

Pareció disfrutar del misterio que eso dejaba entre nosotros.

—¿Me los mostrarás algún día?

—Claro, cuando decida estrenarlos, algún día.

Creo que no entendió a qué me refería; yo había pensado en cierta complicidad.

Ante mi silencio de decepción, ella eligió continuar:

—Tiene una flor artificial que imita a estas —dijo, señalando a los dientes de león que se veían entre la hierba.

Me agaché y arranqué una flor que crecía cerca del camino. Se la entregué en silencio. La aceptó y me dio las gracias.

Seguimos hablando luego de aquella familia tan destruida por la muerte y la pobreza que ella solía ayudar. Me contó que mejoraban. También me dijo que

escribiría la receta de los panecillos para mi cuñada. Acabó hablando de cómo debían combinarse los lazos y las flores, con sus formas y colores, para que un sombrero no pareciera un revuelto.

Debo confesar que nunca comprendí su teoría de composición de los sombreros. Tampoco la musa que guía sus manos cuando crea sus vestidos. Son extraños, graciosos, exagerados, diferentes; tienen su marca personal.

Algunas veces me pregunté si ella era bella, si yo la veía así porque la amaba, o si era un efecto de la indumentaria que

su creadora había planificado para producir esos engaños que crea la mente ante ciertos lagos y desiertos, y que llaman ilusiones ópticas.



R:

La respuesta a tu pregunta es, obviamente, la segunda: todo estaba en tu mirada.

Esa tarde Baldwin ganó gran parte de mi confianza, y sentí que con él podía mostrarme como realmente era. Durante mucho tiempo, bajo la educación muy

rígida de mi padre, había estado ocultando mis emociones, mostrándome racional, hablando siempre de asuntos que los hombres y la sociedad considerasen serios, pero de repente encontraba un alma como la mía, un alma con quien pudiera compartir mi lado más suave. ¿Cómo no iba a enlazarme cada vez más a él?

Aquel recorrido con Baldwin no acabó ahí. Tuvimos una larga conversación que no podría reconstruir completamente, porque me falla la memoria, y porque este relato se haría demasiado largo. Me acuerdo en especial de la parte de las hortensias.

—¿Cuál es su flor preferida, señorita Stewart?

—La hortensia. Me encanta. Estoy enamorada de ese arbusto.

—¡Qué gran gusto tiene! He visto que hay dos en la entrada de la residencia de su familia.

—Sí, las he plantado yo.

—¿No decía antes que alegra todo lo que toca? Cuando yo tenga una señora para *Windy House*, será una que sepa decorar el hogar; que pueda llenarlo de colores, risas y flores.

Me volvió a mirar con insistencia, y sonrió levantando apenas la comisura de

sus labios.

• Capítulo IV •

D:

El encuentro que narraré a continuación es demasiado importante. Como fui el que más lo sufrió, acordamos que lo relataría yo.

El señor Stewart, vicario de la parroquia y, como ya se mencionó, padre de Rachel, me había convocado esa mañana para revisar sus cuentas. Estaba seguro de que alguien le había

robado.

El hombre, sereno, aunque recto, algo barrigón y con actitud de no simpatizarle yo demasiado, me había llamado porque no tenía otra opción. Entre los administradores de fincas que había a su alrededor y a los que les podía pagar sus honorarios, yo me encontraba en una lista de un solo miembro.

Desayuné en soledad. Llegué muy temprano, cuando el sol recién se alzaba. Encontré a Rachel leyendo en su pequeña salita. Su padre no me la presentó. La saludé con la cabeza al pasar por la puerta del recinto, que

estaba abierta. Solo nos vinculó esa mirada en ese momento. Creo que estaba bordando. Seguimos camino hacia la biblioteca.

Cuando llegamos a destino, el vicario me preguntó si necesitaba algo. Al comprobar que contaba con papel y pluma, le dije que no. Se marchó con un paso demasiado sosegado.

Giré hacia mis costados sin moverme del lugar. El sitio era muy sobrio. Ningún color destacaba ni brillaba demasiado.

Me acerqué a una biblioteca que se hallaba a mi derecha. A través del

cristal se apreciaban siete Biblias en diferentes versiones. Me pregunté si todos esos libros contendrían el mismo texto.

Fui hasta la silla principal y me senté. Sentía que mi corazón latía en las sienes. «Tranquilo», me dije, «es solo un escritorio más de caoba».

Acerqué los papeles hacia mí, tomé mis impertinentes por la empuñadura y, satisfecho de que no se me viera con un objeto considerado como femenino, comencé a leer y realizar anotaciones.

Solo me acompañaban el sonido de los gallos y las voces distantes de

algunas personas. Aunque a veces aguzaba el oído para escuchar la voz de Rachel, no lograba distinguirla entre las del resto. Me enfrasqué más en la tarea. Hice aritmética de suma y resta una y otra vez.

Revisé las cuentas de aquel hombre, cuyos papeles, facturas y comprobantes estaban bastante descuidados, con el ardor y la concentración que no lo había hecho jamás. Quería causar en el señor Stewart la mejor impresión que fuera posible. No podía imaginarme el estigma que iba a llevar ante los ojos de Rachel si llegaba a equivocarme en el veredicto, si había sido robado y yo

decía que no, o viceversa, y más tarde se descubriría mi fallo. Pensaría que era un inútil. No sería capaz de volver a mirarle a la cara. Esto me aterrorizaba tanto que, una vez concluido el trabajo, lo repasé. Mientras lo hacía, el olor a tinta me llenaba las fosas nasales. Mi vieja amiga. Me dije que debía cobrar seguridad, que ese aroma ya me había acompañado muchas veces porque tenía sobre la espalda miles de horas de trabajo. No bastó con ello; no me detuve hasta que todo estuvo revisado.

Cuando logré estar totalmente seguro, ya era el mediodía. Llamé al vicario para poder comentarle lo que había

encontrado.

Ingresamos juntos en la biblioteca.

—Señor Stewart, he revisado estos papeles varias veces y concluyo que nadie le ha robado. Es solo que se le han ido acumulando muchos gastos pequeños. Estos hicieron la diferencia negativa que usted no sabe de dónde procede.

Las arrugas de sus sienas se intensificaron, y aquello me incomodó.

—¿Está usted seguro?

—Muy seguro, señor. En esta pila encontrará todos esos pequeños gastos a los que me refiero. —Señalé las facturas

con el dedo índice.

Se acercó a mí y comenzó a leer rápidamente, un comprobante tras otro.

Suspiró.

—Parece ser que tiene razón.

Asentí agachando apenas la cabeza.

—Para aclarar mejor la situación, le he dejado escrito el análisis de sus ingresos y egresos en esa hoja que está sobre el escritorio, a su derecha.

Se sentó sobre la butaca principal, la que yo había ocupado durante toda la mañana. Observó con detenimiento el detalle que le había indicado.

—Es usted una persona muy prolija, cualidad notoria en un hombre —me dijo, como si aquello fuera para él un descubrimiento sorprendente.

—Me alegra que así lo considere, señor.

Me miró el rostro, quizás intentando dilucidarme. Noté en él cierta duda, no respecto a mi tarea, sino respecto a mi persona.

Cruzó los dedos de sus manos sobre el pecho y me dijo:

—Le agradezco su trabajo. Está hecho a consciencia. Me quedo mucho más tranquilo.

Se levantó de su silla y tiró de la manija del cajón que se ubicaba por debajo de los estantes de la biblioteca y que abarcaba todo su ancho. Sacó de allí una bolsita.

—Aquí están sus honorarios.

Lo tomé con cuidado, sin estar dispuesto a contarlo, por supuesto. Estábamos tratando entre caballeros con honor. La bolsita fue a parar al bolsillo interior de mi chaqueta.

—Muchas gracias, señor Stewart.

Asintió con la cabeza y, haciéndome una seña con el brazo extendido, me invitó a seguirlo hacia fuera.

Di una última mirada a los libros que dormían en la biblioteca, pensando que la del castillo McKay era mucho más nutrida.

Lo seguí con un paso muy ansioso. Después pensé que podía interpretarse como poco gentil.

Me despidió en la puerta de entrada con fría cortesía, y se alejó, no sin antes dirigir a Rachel una mirada protectora.



D:

Ella estaba entonces leyendo, con su cintura apoyada sobre un cerco de madera que temí que no pudiera sostenerla. Tal vez quería aprovechar la buena luz que había a esa hora. Tal vez le gustaba el clima, que le permitía estar al aire libre sin su sombrilla y usar ambas manos para sostener el libro.

Dudé en acercarme, pero finalmente lo hice. Me mantuve a una distancia más que respetuosa.

—¿Puedo conversar contigo?

Se fue con pasos de chiquilla a verificar si su padre se encontraba en las cercanías. Volvió a la misma

velocidad. El aire que desplazó al correr trajo su perfume, algo cítrico, que se mezcló en mi nariz con el del pudín que la cocinera de seguro estaría preparando.

—Puedes conversar... y debes. Cuéntame por qué te ha llamado mi padre.

Sus ojos se encendieron de curiosidad. Volvió a apoyarse sobre el cerco, y yo imité su postura, colocándome a su lado, aunque mantenía ciertas reticencias con respecto al soporte.

—Temía que le estuvieran robando.

Lo convencí de que no es así. Le dejé un análisis bien detallado, y entendió que hay ciertos gastos repetitivos que no había considerado.

—Oh, es una buena noticia, supongo.

—Sí; era la mejor respuesta posible. Se siente mal perder la confianza en las personas.

Cerró su libro y lo estrechó entre sus brazos. El ejemplar desapareció bajo las anchas mangas azules de su vestido.

—Y qué bonito es ganar la confianza de alguien, al contrario —dijo.

Suspiró, aunque yo no entendía por qué.

—¿No es hermoso sentir que alguien te entiende completamente?

—Supongo que sí.

—¿Nunca te ha pasado?

—No estoy seguro. ¿Puede alguien entender a otra persona completamente?

—le dije, mientras pensaba que tendría que ser entre difícil e imposible.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Se puede! ¡Lo he vivido!

Me miró a los ojos; los suyos brillaban. Estaba ilusionada, eso me parecía muy claro.

—¿No es hermoso sentir que le puedes decir cualquier cosa y que aun

así te amaré como eres?

—Bueno, eso sí debe sentirse muy bien. Neil siempre ha tratado de inculcarme la libertad y la aceptación de los demás.

—Sí, de acuerdo, pero no hablo de fría aceptación, hablo de algo más allá... Hablo de admiración.

Tenía entonces la mirada perdida en un punto del horizonte, una región de las colinas verdes y espesas que teníamos al frente en ese momento.

—¿Cuándo atraes a alguien?

—Cuando es un poco más que atraer, cuando siente que si no eres tú, no podrá

ser nadie.

Se aferró más a su libro, como si se abrazara a sí misma.

Los pájaros piaban en la distancia, ajenos al tambor en los latidos de mi corazón. Desde la cocina, al otro lado de la casa, la cocinera canturreaba.

Rachel mantuvo una sonrisa extática, constante, y los ojos perdidos. Parecía estar alejándose de mí, aunque no sucedía de forma física.

—Supongo que eso es estar enamorado —continué.

—Claro, y cuando alguien está enamorado de ti, cuando no te lo ha

dicho, pero te lo ha dado a entender tantas veces, cuando te sientes tan querida es muy difícil no corresponder a ese sentimiento.

Me incomodaron mucho sus palabras. ¿Podría haberse dado cuenta, considerar una obviedad, mi amor por ella? Siempre intentaba contenerlo, pero era como un dragón atrapado en una jaula, que podía lanzar fuego entre los barrotes. ¿Podría ser capaz Rachel de...?

Arranqué con violencia una flor de pétalos rosas que crecía a mis pies. La tomé por el tallo, aunque estaba cubierto

por una especie de pelos que molestaban al tacto. Doblé una de las rodillas y comencé a destrozar la flor, con lentitud, haciendo caer los pétalos sobre el hueco de mi sombrero, que antes había dejado sobre el suelo.

Entonces Rachel salió un momento de su ensoñación.

—¿Por qué destrozas esa acedera?

—No sé... Quizás esté un poco nervioso.

—¡Pero son tan bonitas cuando están enteras! ¿Por qué tienes que destrozarla?

Puso las manos formando un cuenco bajo las mías para atajar los pétalos que

caían. Cuando hubo juntado varios, se los llevó a la nariz.

No me había fijado en cómo olían, ni me importaba. Permanecí en silencio y seguí con mi actividad.

—Tengo que hacerte una pregunta, Dugan, amigo mío.

Tragué saliva con dificultad. La flor ya estaba destrozada. El pistilo también fue a caer al interior del sombrero.

—Dime.

—¿Cómo es posible enamorar a un hombre?

—Depende del hombre.

Se cruzó de brazos, un tanto molesta.

—¿Podrías ampliar la respuesta?

La miré, ensimismado. Su mirada tenía brotes de color esmeralda rodeados por un aro fino más oscuro. Nuestros ojos se encontraron, abiertos, expectantes.

—¿De qué tipo de hombre hablamos?

—Hablamos de uno que no tiene parangón —respondió.

¿Podría ser? ¿La fortuna iba a golpearme esta vez con algo que no tuviera espinas?

—¿En qué sentido?

—Sobre todo en su dulzura y su ternura: derrama azúcar cuando habla. Ni siquiera mi padre se le asemeja. ¿Cómo no te vas a desarmar si te recitan un poema de Keats?

Entonces la ilusión comenzó a disiparse.

—Dugan —me tomó por el antebrazo —, escúchame. Confío en ti como en nadie más en el mundo. Ya no puedo guardar esto durante más tiempo. Tengo que decírtelo.

Me ubiqué frente a ella. Tomé sus manos entre las mías. Las miró como se mira a un insecto extraño que se acaba

de conocer en el campo.

—Estoy enamorada de Baldwin Loring. —Retiró sus manos con lentitud.

Abrí la boca, como un tonto, intentando encontrar palabras, pero era improbable que las encontrase en ese momento cuando me costaba hallarlas normalmente.

—¿Baldwin Loring?

—Sí, él. Quizás no lo puedas imaginar, ¡pero es igual en todo a mí!

—¿Igual a ti? Yo nunca lo he visto preocuparse por alguien que no sea él mismo, pero sí tú lo dices...

Puse los brazos en jarra y miré hacia el camino, frunciendo los labios. Allá lejos se distinguía la propiedad de los Loring, como un punto gris enclavado en el verde de las colinas y los plantíos.

—No lo puedo creer. Estás enojado... quizás celoso... Te lo conté porque confío en ti. No debes estar celoso. — Se aproximó y movió su cabeza para que nuestras miradas se encontraran—. Siempre serás como un hermano para mí.

Creo que la estupefacción se me habrá notado en el gesto de las cejas.

—¿Un hermano?

—Sí, nunca tuve uno, pero Dios me ha provisto de un ser como tú en su lugar. Tiene mucha razón McKay en valorarte tanto.

Sus ojos eran tiernos, estaban llenos de cariño hacia mí, y todo eso era gratis. ¿Qué derecho tenía yo sobre ella? Ninguno. Me dije que no podía ser tan egoísta.

Volví a tomar sus manos, sin apretarlas. No pude evitar admirarlas una vez más. ¡Las mías parecían tan toscas en comparación!

—Siempre podrás contar conmigo. Te deseo toda la felicidad que te mereces.

Sonreí, aunque creo que aquello me costó unas cuantas canas.

Solo recuerdo que me agradeció. Luego de eso, todo se nubló. Me giré y me fui de allí casi corriendo. Se nublaba más el cielo, y la mirada también.

• Capítulo V •

R:

No podía imaginar la pregunta que mi padre iba a dirigirme durante el desayuno:

—¿Tienes algún concepto desarrollado sobre ese joven que vino ayer, Dugan Craig?

Parpadeé con nerviosismo.

—No, padre. No lo conozco demasiado. ¿A qué te refieres?

—Creí haberte visto conversando con él ayer. ¿Estás segura de que no lo conoces? —dijo mi padre, acomodando la mermelada de manera regular sobre la tostada, hasta cubrir incluso los bordes.

—Sí, solo tuvimos una corta charla de rutina. Saludos y nada más. No tengo una opinión formada sobre él.

—Ya sabes que los habitantes de ese castillo son muy extraños. Tienes que andar con cuidado, mi querida.

—Claro que sí, padre —le contesté con una sonrisa, aunque tenía todo el cuerpo tenso—. Yo solo tendré amistades que apruebes y con personas

cuyos valores y caracteres coincidan con los que me inculcaste.

Al momento de decirlo me sentí sucia, sin saber exactamente por qué. Quizás no quería ponerme a desgranar lo que había dicho, llegar al centro, al eje mismo, y constatar la verdad.

Mi padre depositó la tostada sobre el plato, con un movimiento pulcro que no dejó caer una sola miga, para colocar esa mano libre sobre la mía.

—Eres mi orgullo, hija.

No pude hallar paz mental durante esa mañana.

Mucho antes de la hora de la cena, el

tiempo justo para no resultar descortés, Baldwin Loring llegó a casa. Tuve oportunidad de verlo acercarse a través de la ventana. Cabalgaba con un sombrero de castor y un gabán negro, que hacía lucir a su imagen alta y flaca un tanto más misteriosa.

Mi padre lo hizo pasar a la salita verde.

Se sentó en la *chaise* en la que me encontraba, a una distancia muy prudente. Mi padre eligió su sofá preferido. Baldwin cruzó las piernas, con toda seguridad en sus movimientos.

Envidiaba su entereza, la manera en la

que emanaba orgullo de sí mismo. Me atraía mucho su masculinidad, solo parcialmente disimulada por las buenas maneras. Creía oír el bullir de su pasión interior, en algunos gestos y miradas en las que me dejaba saber que estaba allí, aunque no pudiera declararla abiertamente.

—El señor Loring ha tenido la amabilidad de venir porque el domingo le comenté, luego del servicio, que estaba buscando un cura.

—¡Es usted muy amable, señor Loring! —le dije.

La inquietud era clara en mi gesto de

estrujarme las manos.

—No es nada. —Hizo un ademán leve con la mano, quitándole importancia a mis palabras—. Solo se trata de ayudar a una persona respetable y estimada para mí, como lo es su padre.

El aludido sonrió, relajando un poco su rostro, que solía carecer de expresividad.

—Es muy importante para nosotros. Los deberes de un vicario son demasiados, y mi padre ya no puede con todos ellos.

—Aunque todavía me siento un hombre joven —aseguró mi padre.

—Aunque lo eres, padre, pero ya no tanto como antes.

—Eso es cierto, Rachel querida, y es cierto para todos. Y bueno, señor Loring, me contaba que tenía un nombre para recomendarme.

—Sí —contestó Loring, y colocó una carta lacrada sobre la mesa pequeña, que hacía de centro de organización de los muebles de la sala—. Es una recomendación del Colegio de Oxford, donde se matriculó y fue ordenado recientemente el hermano de un amigo; es el hombre que le recomiendo.

—Permítame —dijo mi padre,

mientras tomaba el sobre de la mesa.

Callamos y escuchamos el ruido del lacre roto y del roce del papel contra las yemas de los dedos de mi padre. Leyó velozmente.

—Tiene una recomendación estándar, pero no me importa en absoluto. La palabra del señor Loring vale mucho más para mí.

—Me siento honrado —respondió Loring, satisfecho por haber casi logrado la colocación de su recomendado.

—El sentimiento es mutuo.

Siempre me había parecido que el

trato que mi padre daba a los principales terratenientes de Durham era especial. No sabía la historia completa de cómo había obtenido los beneficios que nos permitían vivir de modo desahogado, pero sí sabía que era probable que las buenas relaciones tuvieran mucho que ver en ello. Estaba al tanto de que la mayoría de los sacerdotes tenían que esperar diez o veinte años para poder obtener esa posición. Algunos nunca lograban superar el cargo de curas, y debían sobrevivir con ingresos mínimos.

Pero en aquel momento pensé que Baldwin Loring merecía esa

consideración de mi padre, aunque la razón por la que la mereciera fuera una mera casualidad y no se tratara de la cantidad de dinero o la influencia del hombre.

Volví a sentarme en la *chaise* en cuanto lo despedimos. Intenté calmar los latidos de mi corazón, disminuir el ardor en mis mejillas y serenar mi respiración. En eso estaba cuando encontré a mi lado un ridículo azul finamente bordado. Admiré su diseño: los ribetes dorados y las orlas que colgaban del fondo eran de confección elegante. Estaba segura de que no era mío, y estaba más segura todavía de que no había estado allí antes

de que Baldwin se sentara.

No pude evitar sentir curiosidad, así que lo abrí. Adentro había algo extraño y bello: una edición especial con los poemas de Keats, más pequeña que la palma de mi mano.

Me dije que Loring seguramente llevaba eso con él porque lo había comprado como un regalo para alguna de sus hermanas. Me propuse visitar *Windy House* al día siguiente con la intención de retornar el objeto a su dueño.



R:

No pude cumplir con mi objetivo. Loring salió de entre los robles que bordeaban el camino, como un perro tras el acecho. Aún estábamos a una distancia considerable de su propiedad.

—Señor Loring, me sorprende, como siempre. Iba hacia *Windy House*.

—Sabía que vendría —me dijo él, haciendo una reverencia graciosa.

—¿Cómo lo sabía?

Inclinó el mentón hacia el pecho, me sonrió y sus ojos negros semejaron flechas que me apuntaran.

—Porque no podía quedarse con algo que no era suyo.

Me mostré confundida.

—¿Cayó en la cuenta de que lo había perdido? —le dije, extendiéndole el ridículo.

Me tomó esa mano, rozándome el dorso con su palma, y la llevó hasta mi pecho, negándose a recibir el objeto.

—No lo perdí. Se lo regalé, pero de un modo tramposo —miró al costado y comenzó a rascar cruces en el suelo de tierra y grava con la punta de sus botas —, sin esperar su aprobación.

—Oh, no lo había imaginado.

—Temía que no lo aceptara si se lo entregaba en un cara a cara, pero he logrado que se quedara con él, y también encontrarla a solas, por lo que mi villanía ha tenido sus beneficios.

Sus ojos volvieron a escocerme.

—¡No se trate así! —le dije—. No es tanto como un villano.

Me sonrió, y me pareció que en ese momento se le filtraba el pensamiento de que yo era muy ingenua o muy bondadosa. Preferí pensar lo segundo.

—Quizás no lo sea. Si lo fuera, sería un villano muy peligroso. ¿Compartimos una caminata?

—No sé si sea lo mejor... —le respondí, pensando en el daño que podría sufrir mi reputación si era vista con un caballero en un lugar donde no hubiera afluencia de personas.

—Entiendo lo que le preocupa, pero nadie tiene por qué vernos. No debe olvidar que estamos cerca de *Windy House*, por lo que conozco estos lugares mejor que nadie. Sé cuáles son los sitios transitados.

—De acuerdo. Caminemos un poco —le contesté, seducida por el tono almibarado de su voz.

Entonces le tomé el brazo y me llevó

por un camino apenas abierto, un sendero marcado por el recorrer de los pies y envuelto por el espesor de los árboles. Podía escuchar el discurrir del río, como murmullo cada vez más cercano.

—¿Por qué me decía antes que sería un villano muy peligroso?

—¿No puede imaginárselo? —me dijo, apartando una rama para que no me golpeará, lo que me pareció muy gentil.

—De verdad que no.

—¿No sabe usted que practico esgrima?

—Algo me habían comentado al

respecto.

—Siempre tan discreta —me dijo, cuando un claro entre las ramas nos permitió divisar el río.

Al llegar nos sentamos en una gran piedra chata. Era probable que un ser humano la hubiera puesto allí. El escaso espacio nos obligó a estar muy juntos. Primero evité apoyarme sobre su espalda, pero luego él forzó el contacto.

—Practico esgrima todos los días.

Comencé a mirarme las uñas, sin saber cómo seguir.

—¿Y destaca usted en ello?

—No está bien que lo diga, pero no quiero contestar una mentira. Soy muy bueno —respondió.

Después tomó una pequeña piedra que encontró a un lado y la lanzó al agua. La roca blanca dio varios saltos sobre la superficie.

Sonreí entre dientes, pero no se escuchó.

—¿No me dice nada?

—¿Por qué lo hace? ¿Por qué practica esgrima? —contesté, superponiendo mis palabras al fin de su pregunta.

—Para estar en forma y para ganarme cierta fama de que no soy fácil de tocar,

lo que no tiene otra finalidad que defender a mi familia. No quiero que nadie crea que puede meterse con un Loring, jamás, nunca. Soy muy feroz al defender a los míos.

Me giré para ver su rostro, pero nuestras posiciones solo me permitían ver su perfil. Él también se había girado hacia mí. Lo encontré joven, guapo, gallardo y con cierta estampa de guerrero. Destacaba su figura de luto sobre el fondo gris verdoso del río.

Luego me dediqué a jugar con el anillo que papá me había regalado, el pequeño del dedo meñique, haciéndolo

girar.

—Debe tranquilizar mucho a su familia que usted esté dispuesto a protegerlos así.

—Con mi vida —sentenció, y luego continuó—: ¿Cree posible que mi futura esposa me soporte, siendo yo tan pasional? ¿No me lo reprochará a cada momento?

Suspiré y me moví un poco sobre la piedra, alejándome de él.

—Si es la mujer adecuada para usted, seguramente le gustará.

—No será fácil conseguir la mujer adecuada para mí. Soy un personaje muy

extraño, como ya habrá comprobado, y tengo que ocultar todo eso para intentar encajar en esta sociedad que no me comprende, que nunca lo hará.

—A veces siento que me pasa lo mismo...

Creo que lo escuché asentir entre risas ahogadas.

—Seré muy feliz si logro encontrar a tal mujer —dijo, y se giró sobre la piedra.

Me clavó sus ojos, sin pestañear, con ese modo que tenía de mirarme solo a mí, porque yo ya había comprobado muchas veces que no lo hacía con los

demás, ni siquiera con otras damas, y que era inquietante, que era una mirada de depredador hacia su presa.

Una libélula de cuerpo negro decorado por anillos dorados volaba sobre la superficie calma del río.

—Me imagino —contesté, y me moví con inquietud sobre la piedra para alejarme más de él, hasta que finalmente caí del asiento, con tan mala suerte que el ridículo que me había regalado Baldwin y todo el costado izquierdo de mi cuerpo quedaron cubiertos de lodo e hierbas silvestres machacadas.

Baldwin inclinó el cuerpo hacia

delante, sin levantarse del banco improvisado, y comenzó a reírse como si mi aspecto fuera digno del mejor chiste.

No pude evitar contagiarme de él. Aunque no había logrado ponerme de pie, me reí también, de manera muy sonora, olvidando los buenos modales, como solo me había permitido hasta entonces con Dugan y algunas pocas amigas, hasta que comencé a sentir que los ojos se me nublaban por las lágrimas.

Cuando logramos calmarnos, me extendió la mano y pude levantarme.

Movió la cabeza hacia los lados, emitiendo una negación silente. No dijo nada más hasta el momento de la despedida. Me acompañó durante el camino de regreso, guiándome, hasta que nos separamos en el mismo lugar donde nos habíamos encontrado.

—Gracias por el regalo.

Asintió con la cabeza. La insistencia de su mirada parecía deberse a un cierto objetivo concreto.

—Hasta pronto, señor Loring.

Tras unos segundos sin su respuesta, di media vuelta y me marché.

—Hasta cualquier momento —lo oí

decir en voz baja, pero ambos supimos que lo había escuchado.

• Capítulo VI •

D:

Las últimas llamas de los leños ardían en la chimenea de la sala, coloreando nuestros rostros con un débil resplandor naranja. Creo que Neil leía un poemario viejo que tenía entre las manos.

Daphne ya se había retirado con Rebecca adormilada entre sus brazos. Slade y Aiken, que algunos llamarían mayordomo y ama de llaves, pero

nosotros llamábamos por sus nombres, se habían marchado después.

Yo miraba el interior de los leños, y en su corazón me parecía formarse el rostro de una mujer.

El ruido repentino del libro al cerrarse con violencia me sacó de mi estado de ensoñación.

—¿Qué te está sucediendo, Dugan? — me preguntó Neil.

Dejó el libro sobre uno de los brazos del sofá y adelantó el torso hacia mí. Entrelazó sus manos, por lo que intuí que su charla tenía una intención seria.

Lo miré, intentando que mis

sentimientos no se filtraran.

—No me sucede nada, Neil.

Hizo un ruido gutural con la garganta y movió la cabeza hacia los lados.

—Algo te está pasando. Estás muy extraño.

—¿Qué actitudes extrañas notas en mí?

—Tu carácter ha cambiado. Solías dedicar tiempo a la lectura, a jugar con Rebecca, a sonreír. Eras un hombre feliz. Ahora parece que fueras arrastrando el alma. —Me fijó sus ojos pardos, que parecían conocer varios misterios del corazón humano—. ¿Crees

que no me doy cuenta?

Descrucé las piernas y las crucé en sentido opuesto. Comencé a menear la rodilla. Arrastré mis manos por la superficie de los brazos del sofá, casi arañándolos; la vieja tela que lo tapizaba se sentía suave al tacto.

—Quizás estoy pasando por un momento de introspección vital.

—Ah, de introspección vital — repitió, sin creer nada de aquello.

Mi mirada fue a parar nuevamente al fuego, que ya estaba a punto de consumirse.

—¿Sabes que siempre podrás

contarme lo que quieras, preguntarme lo que desees y contar conmigo cada vez que me necesites?

Lo miré y tensé los labios en lo que estaba por ser una sonrisa, pero no pude mostrarla. Me faltó fuerza.

—Lo sé, Neil, y te lo agradezco.

Neil se puso de pie y se acercó a mí. Colocó su mano sobre mi hombro, en señal de camaradería.

—Eres muy fácil de convencer. Todavía tienes una mente muy permeable, por lo que no me gusta darte muchos consejos. Temo que algunos puedan estar equivocados.

—Entiendo, aunque no recuerdo que nunca lo hayan estado.

—Entonces déjame pedirte que mejores esa postura, que te pares más recto, que mires a los ojos y no al suelo cuando las personas te hablan. ¡Deja de tratarte como si no fueras nada, Dugan!

Aferró mi hombro.

—Me voy a trabajar. Ya sabes que siempre contarás conmigo.

Asentí. Tomé su antebrazo durante unos segundos y se marchó.

Volví a sumergirme en el agua caliente de mis pensamientos. Mi cabeza no podía evitar pensar en Rachel, en las

posesiones de Loring, en Rachel en los dominios de Loring, en Rachel en el dormitorio de Loring... Casi podía sentir su cuello oliendo a ese pesado perfume de Loring. Maldita mente enferma, dispuesta a torturarme. Creía entonces que ella se había visto seducida por la riqueza. Pese a sus propias palabras, no podía creer aquello de la labia y el sentir de Loring.

Mis pensamientos claros se fueron haciendo más difusos, y luego se transformaron en sopor, en formas de vapor. Al entreabrir los ojos descubrí que me había quedado dormido. Los últimos rescoldos de la chimenea habían

muerto.



D:

Crucé la puerta principal de la residencia de los Loring. Acababa de entregar a Baldwin, el que ahora gobernaba *Windy House*, el monto de los alquileres que había cobrado a los arrendatarios. Sí, yo era también el administrador de las fincas de los Loring.

Mi trabajo había sido cumplido como siempre: de manera ordenada y

concienzuda.

Deseaba hablar con Edward, quien, por esas contradicciones del destino, era mi mejor amigo. Lo divisé en el jardín delantero, lanzando una rama a Frank.

El can era su amigo y recibía trato de tal. Los gajos con los que jugaban habían sido trabajados por el cuchillo de Edward hasta dejar la superficie lisa y sana, para que ninguna aspereza o reborde pudiera dañar la boca del perro.

Para llegar a ellos tuve que pasar junto a una mujer de piedra que sostenía un jarrón sobre un muslo.

—¿Cómo estás, Loring? —le dije en

la distancia—. Necesito hablar contigo.

Me miró y batió un brazo a modo de bienvenida. Volvió a prestar atención a su perro.

Cuando llegué hasta él, me dio una palmada en el hombro y nos estrechamos las manos.

—Estoy bien, aunque algo cansado. He dejado los casos un momento para tomar aire. ¿Cómo estás, amigo? —me dijo Edward.

El perro vino corriendo. Tenía la rama en la boca. La lengua, rosada y húmeda, le colgaba. Se escuchaba su respiración acelerada. La alegría que el juego les

causaba era evidente, por lo que me sentí más cohibido de presentar el tema que debía tratar, pero continué:

—Loring, estoy preocupado por Rachel.

Me miró e hizo un gesto algo hostil, en que sus labios quedaron ocultos.

—¿Ves lo que pasa cuando te enamoras?

Volvió a lanzar la rama y el perro se fue tras ella.

Yo también me dediqué a mirar más allá, donde el objeto de juego esperaba ser encontrado. Frank parecía estar hurgando entre los setos, sobre la tierra

fresca. Alguien había hecho trabajo reciente de jardinería.

—Es serio, Loring.

—¿Qué le sucede a Rachel?

—Lo que me ha dicho es un secreto, y debes mantenerlo como tal.

Levantó una mano y mantuvo la otra tesa al costado, donde pudiera verla, jurando con solemnidad.

—Me dijo que está enamorada de tu hermano.

Al momento descompuso la postura. Comenzó a ladear la cabeza y el cuerpo de modo ridículo, como si estuviera

borracho.

—¡Qué mal gusto! —dijo al fin.

Me mordí el labio inferior; mi nerviosismo crecía.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, ya sabes, Craig, como funciona esto del mercado del matrimonio. Algunos hombres son más deseables, como mi hermano, que de tonto no tiene un pelo y de rico mucho; y otros no lo somos tanto, como tú o como yo, que tenemos buenos valores morales pero escasos en propiedades —dijo, señalando a nuestros respectivos pechos.

—Eso ya lo sé, pero quiero saber si se encuentra en buenas manos.

Tomó distancia de mí y se cruzó de brazos. El perro vino con la rama, alegre, y la dejó a sus pies.

Edward la volvió a lanzar, aunque esta vez no correspondió a la alegría de su compañero canino. Parecía que yo finalmente lo había desanimado.

—¿Es una broma acaso? No te he dicho ya cómo está compuesta esta familia y cuáles son sus verdaderas personalidades.

Tragué saliva con dificultad. Era difícil enfrentarse a Edward cuando sus

ánimos se caldeaban.

Extendió el brazo hacia mí, en actitud un tanto amenazante.

—¿No te lo he dicho?

La ira de mi amigo era conocida entre los caballeros, tanto que le había valido a su humor una mala fama más grande que él.

—Sí, sí, me lo has dicho muchas veces.

—¿Y por qué me preguntas semejante cosa?

El brazo cayó a su posición habitual.

—¿No podrías reconsiderarlo? —le

dije, y abrí las manos como si estuviera orando, porque en realidad le estaba haciendo una súplica.

—¿Reconsiderar qué?

—El concepto que tienes sobre tu hermano... Lo conversemos juntos... Podemos verlo desde diferentes ángulos... Analizarlo mejor... Quizás tu condición de segundo hijo te lo ha puesto en contra desde el nacimiento...

El rostro de Edward se contraía y mi instinto me decía que retrocediera.

—¡No necesito reconsiderar nada! — me dijo, moviendo su gran mano derecha como si barriera el aire.

Su perro había llegado y dejado la rama otra vez a sus pies. Ante el comportamiento de su amo, que ya no lo miraba, sino que apuntaba hacia mí las dos saetas negras que tenía por ojos, bajó las orejas y perdió la alegría. También había logrado quitar el buen ánimo al perro.

—Es que puede que no hayas visto su personalidad desde todos los ángulos... que te estés olvidando de algo... Ella es una mujer inteligente... por algo se habrá enamorado de él... Quizás haya algo que no sabemos —le dije, con el tono y volumen de voz más amistoso que pude elegir para mis palabras.

Edward inspiró, tomando una cantidad de aire que hubiera podido llenar cuatro pulmones de otra persona. Sus manos se abrían y cerraban, y yo sabía que aquel gesto era como un relámpago en la tormenta. Levantó la rama del perro, pero no volvió a lanzarla. Pensé que al espirar podía abalanzarse sobre mí, aunque al momento me reproché por pensar así. Estaba ante Edward, mi amigo, y sus rabias nunca alcanzaban ese punto de violencia.

—Creo que llevo una buena cantidad de lustros analizando todo eso que me pides que vuelva a analizar.

Me mantuve en silencio. No sabía qué responderle.

—No quiero que le haga daño, Loring.

Se acercó a mí y me dio dos suaves palmadas en la mejilla, como se hace con un niño. Se notaba la ira contenida en sus facciones, que parecían palpitar.

—Eres tan... noble —dijo, aunque ambos supimos que la palabra que quería lanzarme era otra.

Se hizo a un lado y se alejó con sus pasos de toro de piedra, como solía referirse Neil a él. Lo seguía su perro, al que le dijo:

—Vamos, Frank. Hoy parece ser el

día de la idiotez.



R:

Caminaba rumbo a la casa de la familia Robards, cuyas calamidades parecían no terminar nunca. Estaba en ello cuando Baldwin me detuvo. Dijo que me esperaría a media mañana del día siguiente en el río, en el exacto lugar donde había ocurrido aquella graciosa caída.

Creo que nadie nos escuchó. A pesar de ello, me pareció más que osado que

me hablara desde su caballo para acordar una cita. No esperó siquiera a que le respondiera, como si diera por supuesto que asistiría. Eso podía comprometernos, como ambos sabíamos.

Juzgué esta actitud como una muestra de sus nervios de amor, por lo que disculpé su proceder y decidí encontrarme con él.

El tiempo caminó con pesadez hasta la mañana del encuentro. En esas horas tempranas preferí usar un vestido verde que hacía tiempo no llevaba y que solo mi padre podría reconocer como mío.

Esperaba poder camuflarme entre el follaje.

Creo que nunca caminé tan rápido como lo hice aquella vez, a pesar de que había llovido y los zapatos se me mojaron y llenaron de lodo. Avanzaba aplastando las hierbas y apartando los brazos de los sauces con las manos para abrirme camino. Recorrí la orilla del río, disfrutando de la novedad de llegar hasta el sitio del encuentro por otro sendero. La naturaleza me contestaba con sus perfumes, húmedos y vírgenes. Me consideraba aventurera, valiente, incomprendida, incendiada por fantasías de amor. Por primera vez me sentí

prófuga, sentí que alguien podía perseguirme, que yo debía esconderme, que mi rostro ya no era tan común ni tan igual entre los otros, que los rasgos me habían cambiado, que comenzaba a ser otra. Y no era porque llegara tarde; llegaba demasiado temprano.

De hecho, debí esperarlo una hora; y más, mucho más, porque no asistió.



D:

Por el camino de regreso me encontré con la última persona que hubiera

querido ver en ese momento. Rachel estaba tan ensimismada que no se dio cuenta de que caminaba tras ella.

Llevaba la cabeza gacha. Como avanzaba arrastrando los pies, me dije que estaría leyendo, absorta como siempre que lo hacía. Por eso no se había dado cuenta de que pisaba pequeños charcos y de que sus zapatos estaban muy sucios. Todavía puedo oír el resonar de sus pasos al pegarse y despegarse de la tierra húmeda.

Durante buena parte del camino la dejé adelantarse, disfrutando del leve bamboleo de sus caderas, que me

disparaba imágenes mentales que me niego a escribir. Hasta que escuché con claridad un sollozo. No podía ser otra cosa. No era algo que se pareciera a una risa. Provenía de ella.

Corrí hasta alcanzarla.

Supe que había estado en lo cierto cuando me miró. Sus ojos estaban húmedos y mostraban ramitas rojas.

—¡Casi me matas del susto! —me dijo, colocando una mano sobre el pecho; con la otra se apresuró a secarse las lágrimas.

—¿Qué te ha pasado?

—No me ha pasado nada.

—¿Y por qué vienes llorando? —le pregunté.

La línea de su boca se cayó, denotando más tristeza, pero contuvo las lágrimas. No me contestó. Retomó la marcha.

Me apresuré a seguirla hasta colocarme a su lado.

Una gota de agua se resbaló desde algún árbol de los que nos envolvían formando un túnel, y fue a dar a su frente, pero, para mi sorpresa, no se la quitó.

—¿No me lo vas a decir? ¿No soy tu amigo, en el que más confías, como me

dijiste el otro día?

—Sí, lo eres, Dugan, pero en este momento no tengo ganas de hablar —me contestó con una voz nasal.

—¿Te hizo algún daño? —le pregunté, sin dejar de mirarla.

—¿A quién te refieres?

—Tú sabes muy bien a quién.

Entonces ya estábamos llegando a terrenos cercanos a la casa de la vicaría, donde no debían vernos juntos.

—No, Dugan, no me hizo daño, ni debes intervenir en todo esto. Creo que ya es suficiente con que tenga un padre

muy protector, dispuesto a cuidarme en exceso. Agradezco tu cariño, pero no requiero un hermano mayor. Lo que expresé el día de la charla en casa era una metáfora; no debes tomarlo tan en serio.

Solo asentí con la cabeza y ella aceleró el paso.

Dejé que se marchara.

• Capítulo VII •

D:

Aquella mañana habíamos cabalgado con Neil hasta la posada del administrador de correos local, donde entregamos la carta en la que viajaban los últimos poemas que mi hermano había vendido.

Al salir nos encontramos con un pueblo animado, de actividad frenética. A esa hora todos parecían estar entre

apurados y enérgicos. Los hombres se quitaban el sombrero con gestos distinguidos al pasar junto a las damas, pero no se detenían. Las muchachas, cubiertas por sus sombrillas y tomadas del brazo, caminaban con pasos rápidos y señalaban a las vitrinas de las diferentes tiendas.

Nuestro regreso transcurría en silencio. Neil me había hecho notar durante el camino que me mostraba muy callado. No tenía ganas de comenzar un diálogo.

Todo se mantuvo así hasta que la señora Robards nos distrajo. La vi

desplomarse frente a nosotros, como si fuera una muñeca hechizada que de repente hubiera perdido el alma.

Neil, más rápido de reflejos que yo, corrió hasta ella y la levantó con suavidad. Luego le dio pequeñas palmadas en las mejillas para que reaccionara. La gente comenzó a agolparse en torno nuestro.

La señora Robards se despertó al momento. Dijo algo entre dientes sobre sus hijos, algo que no se entendía bien. Su debilidad era evidente. Neil me preguntó si sabía dónde vivía y le respondí que sí.

La subió a su caballo con paciencia y cuidado, y fuimos hasta la humilde vivienda de la mujer.

Allí el escenario era casi devastador. La pobreza se había comido todo: las vigas del techo estaban por caer sobre la cabeza, parcialmente podridas y llenas de telarañas; sobre las capas de tierra del piso se podían plantar lechugas; y los niños se rascaban las cabezas sucias, con aspecto de hambre y abandono.

La mujer ingresó en su hogar y abrazó a dos de ellos. Los otros dos, mayores, la miraron, más distantes, y le preguntaron si se encontraba bien. Ella

asintió, con un gesto en el que pretendía ocultar su dolor.

Rachel ya me había dicho hacía tiempo que la señora Robards estaba muy enferma y que los doctores no sabían si algún día se recuperaría.

Neil le ofreció que se mudaran al castillo durante unos días, hasta que ella pudiera restablecerse para cuidar de los niños, tal era la impresión que aquel lugar le había causado.

Ella lo pensó durante un momento. Volvió la mirada hacia sus hijos, quizás debatiéndose entre soportar la caridad o dejar que todo empeorase. Aceptó.

Los recién llegados fueron prontamente atendidos por Daphne y Neil. Él se ocupó de bañar a los niños y ella a las niñas. Como solo había una tina, el proceso tuvo que hacerse por tandas. Los pequeños parecieron disfrutarlo mucho.

Ese día comieron en grandes cantidades; todos excepto la madre. Ella conservaba los movimientos débiles y los ojos apenas abiertos, como si vivir le costase.

Neil le ofreció llamar al cirujano del pueblo, aunque sabía que eso le costaría más de lo que podía pagar. Ella le

agradeció y se negó, contestando que ya sabía cuál era la enfermedad que padecía.

Al día siguiente, muy temprano, Rachel se presentó en casa. Llevaba un vestido de tela a cuadros que me pareció discreto para sus gustos. Estaba acompañada por dos grandes canastas llenas de víveres. No podía imaginar cómo las había traído. Supuse que algún sirviente del padre le había ayudado. Neil me pidió que la presentara, puesto que se trataba de mi amiga.

Ese día Rachel conoció a toda mi familia. La observé con atención. Me

pareció que se había asustado menos de lo que yo había temido.

Luego pasamos a la sala, donde se encontraban nuestros invitados. También estaba allí Rebecca, que jugaba con los otros niños.

—Oh, señora Robards, ¡cuánto lamento lo que pasó!

Se dieron un apretón de manos.

—Te preocupas mucho, muchacha. Eres muy joven para preocuparte tanto —le respondió la mujer, haciendo acopio de fuerzas.

La relación entre Rachel y la señora Robards mostró ser muy estrecha. Me

mantuve cerca, entretenido con los niños.

A los pocos minutos Lazarus se acercó a la señora Robards y se frotó contra su vestido. La mujer lo levantó y lo puso en su regazo. El gato comenzó a recibir mimos de las dos damas.

—Este pícaro debe ser Lazarus —dijo Rachel.

—Así es —acoté.

—¿Por qué Lazarus? —preguntó Rachel.

—Porque cuando lo encontré estaba muy herido, casi muerto. A pesar de que lo curamos, no pensábamos que fuera a

sobrevivir. Se puede decir que volvió del otro lado.

Ambas mujeres me miraron con ternura, para seguir prodigando su cariño a mi compañero felino.

Concluida la visita, acompañé a Rachel a la salida.



R:

Fingía mirar la sala. Me asombró el patrón rojo con el que habían empapelado las paredes, que encontré

de buen gusto. Me asombró el alto techo del castillo, muy superior al de la casa de la vicaría. Pero lo miraba a él.

Lo vi transformado en otro niño, y aunque no sonreía como antes, mostraba entonces un Dugan que yo no había conocido.

Incluso había estado dispuesto a dejar el sofá y arrastrarse para jugar con los pequeños soldados de peltre de uno de los Robards. La colección se veía escasa, pero usaban el ingenio para darle vida. Dugan había construido una línea de defensa a la vera de la chimenea de mármol negro del lugar. Lo

encontré entonces familiar, cercano, humano, y hasta un tanto paternal.

Aunque siempre supuse que era un hombre tímido, no creí que el grado de confianza con sus acompañantes pudiera cambiarlo tanto. Era otra persona en su entorno familiar.

Los niños parecían ser la excepción a su regla: confiaba en todos ellos. Me pareció que aquello era de hombre sabio.

Cuando mi visita hubo terminado, me acompañó en silencio hasta la salida del castillo de los McKay.

Caminamos en el exterior hasta un ala

derruida. Me contó que el castillo había cobrado nueva vida desde la llegada de Daphne, la esposa de Neil McKay. Luego seguimos hasta mi caballo.

—En un momento en que se silenció la conversación con la señora Robards, escuché a tu sobrina hablar de algún ritual que harían esta noche. ¿O lo he imaginado? —le dije, mirándolo con los ojos casi cerrados, porque las nubes se habían hecho a un lado y los rayos del sol del mediodía rebotaban en las piedras del camino.

—Sí, es un ritual que los escoceses realizamos a veces en *Halloween*.

—Solo conozco un poco de esa celebración. ¿Y en qué consiste el ritual?

—Es un entretenimiento. Si un hombre o mujer tiene muchas parejas potenciales y no puede decidirse entre ellas, asigna el nombre de cada una a una nuez, y lanza los frutos al fuego. La nuez que arda durante más tiempo y con más brillo será la que represente al compañero o compañera más fiel.

—¡Qué interesante! El destino hablando a través de algo que parece azaroso. Quizás funcione... Lo haré esta noche, sin que mi padre me vea, para

saber si debo seguir ilusionada con Baldwin; luego te contaré el resultado.

Lo miré con el rostro divertido, pero el suyo era neutro, como si sus pensamientos estuvieran ocultos tras un biombo. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, lo único que le daba un aspecto un tanto más amistoso para conmigo.

—Si crees en las nueces...

Me saludó con una inclinación cortés, yo hice una reverencia, y nos separamos. No pude asimilarlo hasta que estuve a mitad de camino entre el castillo de los McKay y la casa de la vicaría.

Dugan nunca antes me había mostrado

esa frialdad. Algo tenía que estarle ocurriendo a ese muchacho.

Esa noche, en casa, realicé el ritual con las nueces. No fue fácil convencer a papá de que las comprara, porque no le gustaban especialmente ni era común que las comiésemos en casa.

Mi padre por fin se retiró a dormir. La ansiedad hizo que sintiera que las horas pasaban lentas. No perdí más tiempo. Puse los nombres a los dos frutos secos escogidos: llamé Baldwin a una, y a la otra, aunque no me lo explicaba, Dugan.

Las lancé al fuego de la chimenea, ambas al mismo tiempo. Dugan se

consumió allí mismo donde había caído. Baldwin se incendió en una pequeña llamarada, vibrante y hambrienta de aire, y tardó mucho más en apagarse.

Miré al fuego y resoplé.



D:

Esa tarde la señora Robards dijo que ya se sentía mejor y nos pidió que le permitiésemos regresar a su hogar. Llevamos con Neil todos los víveres que le había dejado Rachel, más unas conservas de vegetales que sumamos

nosotros.

La mujer se deshizo en agradecimientos, que Neil tomó con disgusto y seriedad. Solía comportarse así cuando la gente se mostraba agradecida con él.

Habíamos terminado de cenar y estábamos sentados, formando un arco, alrededor del fuego de la sala. Rebecca no olvidaba lo del ritual de las nueces. Neil había estado contándoselo con todo detalle durante el desayuno, y los niños son muy amigos de los rituales mágicos. Había comenzado una pequeña discusión al respecto entre ellos.

Quando se callaban, podía oír el pasar de las páginas del libro de Daphne.

—Pero con tu madre estamos casados, y tú eres muy pequeña para tener pretendientes —le dijo Neil a Rebecca.

La niña estaba sentada sobre el suelo. Se cruzó de brazos y sacó los labios hacia fuera. Lucía un vestido blanco, similar al de su madre, de corte sencillo, que acentuaba el rojo de su melena. Me pregunté cuántas cintas, flores y ribetes le agregaría Rachel de tratarse de su hija.

—Solo podremos jugar si es que tu tío quiere —dijo mi hermano, y me miró.

—Oh, no, Neil —le dije yo, sacudiendo con la mano supuestos insectos invisibles, que no eran más que metáforas del disgusto que me estaba causando.

El viejo Lazarus, que descansaba en mi regazo, no se mostró contento con que dejara de acariciarlo para desperdiciar mi mano en aquel gesto.

—¿No tienes al menos dos jovencitas interesantes con las que podamos nombrar a las nueces? —preguntó Neil.

Daphne me miró. Suspiró. Se dio cuenta de mi tensión. Miró entonces a mi hermano, con un gesto de reprimenda

que lo decía todo. Slade y Aiken prefirieron no interferir y siguieron charlando entre ellos.

—La niña quiere jugar... —se explicó Neil, en un tono tan infantil y tan poco suyo que nos dejó un tanto asombrados, y continuó—: Bueno, yo nombraré a las nueces, ya que tu tío no quiere jugar. Pero tú, pequeña —le tocó la punta de la nariz con su dedo—, debes guardar silencio sobre estos dos nombres. ¿Es un trato?

—Es un trato —respondió la niña, extendiéndole la manito, que él se apresuró a estrechar.

Me crucé de brazos y fingí mirar hacia otro lado.

—De acuerdo. Esta se llama Rachel, y esta otra... —me miró, divertido— supongamos que se llama Amelia. La que más arda será aquella con la que deberá comprometerse tu tío.

—Lánzalas, lánzalas, papá —dijo la niña, que se había puesto de pie. Las llamas se reflejaban en sus pequeños ojos celestes, húmedos por la emoción.

Neil lanzó las dos nueces a un tiempo, pero a distintos sectores de la chimenea. Sobra decir que no conocíamos a ninguna Amelia.

Me puse de pie de repente. Lazarus debió pegar un salto al suelo. Me incliné frente al fuego. Me cubrió una mezcla de ira y espanto. El sonido del crepitar de las llamas parecía calarme los oídos.

Rachel no había ardido.

Neil acercó a su hija hacia su hombro.

—Parece que tu tío deberá quedarse con Amelia.

Ella hizo un sonido de duda.

—Pero la señorita que hoy nos visitó no se llama Amelia, sino Rachel.

Mi cuñada alzó los ojos al cielo.

Yo le apunté a mi hermano.

—¿Ves lo que logras?

—Es solo un juego, Dugan —me dijo con su tono más calmo de voz—. Nadie se lo toma en serio. —Miró a su hija y le apuntó con el dedo—. Tú tampoco debes tomarlo en serio. Nadie en su sano juicio elige a su cónyuge basado en estas cosas.

—Sí, papá.

—¿Te das cuenta? —me dijo Neil—. La niña ha entendido. ¿Entiendes tú que es un juego?

Me volví a sentar, resoplando como gato encerrado.

• Capítulo VIII •

R:

Mi padre no dejó de insistir en que debía hacer una tarta de manzanas, de esas que me salían tan bien, y llevársela como regalo al señor Loring, como una muestra de agradecimiento por el gran muchacho que había conseguido como cura. Respecto a este, yo solo lo había tratado al pasar, pero parecía tener un comportamiento adecuado y ser servicial.

No deseaba hacerlo, pero tampoco tenía una buena excusa, por lo que accedí.

Los manzanos se alzaban en el borde de la gleba que el beneficio de papá nos había asignado, por lo que debí caminar mucho para llegar a la zona de recolección. La vista merecía la pena. En el verde campo abierto, con el césped oscurecido por la temporada de frío, los pocos manzanos se veían a la distancia como grandes hojas atestadas de mariquitas.

Me dediqué durante varios minutos a observar el color y humedad de las

manzanas, en busca de las más maduras. Nuestro clima, de mucha lluvia y sol leve durante el verano, hacía sufrir a los manzanos. Nuestra producción no era muy abundante, pero por ello mismo el sabor tendía a concentrarse.

Cuando ya tenía observadas las cinco mejores manzanas del árbol, me dispuse a arrancarlas con suavidad, una a una. Me encontraba en ello cuando una forma en movimiento, de color homogéneo con el entorno, se apareció junto a mí. Solo lo vi por el rabillo del ojo y lo reconocí por la violencia del desplazamiento; no podía tratarse de una oscilación de las ramas producida por el viento.

—Perdóneme, señorita Stewart.

Se trataba de Baldwin, que llevaba una chaqueta de terciopelo verde. Estaba vestido de modo muy elegante. Me extendió un ramo compuesto por cinco rosas blancas.

—Sé que me comporté mal con usted. Mi ausencia en nuestra primera cita es imperdonable. No fue mi deseo que ocurriera así.

—Buenos días, señor Loring —le dije, sin mirarlo siquiera, y seguí con la recolección de manzanas.

Se acercó más, tanto que comencé a sentir su aliento pegándose en el cuello.

—¿Se encuentra enojada?

Me aparté de él y lo miré a la cara.

—¿Debería estarlo?

—Sí, debería. La entiendo perfectamente, pero perdóneme, por favor. Tuve un asunto respecto a mi hermana mayor que requería de mi ayuda urgente. Se trataba de un hombre que se estaba comportando con ella de modo poco caballeroso.

Me llevé una mano a los labios.

Me miró con los ojos abiertos y expectantes, y luego me extendió el ramo.

—Son para usted: las más bellas de *Windy House*.

Las tomé con algo de reticencia.

—Gracias.

Nos miramos y permanecemos un tiempo en silencio. Luego observé el interior de la canasta; la cantidad de manzanas era suficiente para realizar la tarta.

—¿No me dirá nada más? —me preguntó.

—Sí, le diré «que tenga un buen día», señor Loring.

—Buen día —respondió.

Parecía confundido. Hice una inclinación y lo dejé.

Esa misma tarde tuve que asistir a *Windy House* acompañada por mi padre, quien cargó la canasta con la tarta.

Edward nos recibió. Nos dijo que Baldwin estaba indispuesto, aunque no se nos dio mucho detalle al respecto. Las señoritas Loring se hallaban también de visita, por lo que no pudieron cumplir con la costumbre de recibir a las propias.

Me pareció una vez más que era Edward un hombre serio pero cercano.

Mi padre se mostraba parco en las

conversaciones, a diferencia del calor con el que se movía en los monólogos, por lo que decidí intervenir en lo que me fuera posible.

—*Windy House* tiene un hermoso jardín. Unas hortensias le darían aún más alegría a la entrada —le comenté a Edward.

El hermano de Baldwin tenía las piernas cruzadas y el brazo extendido sobre la *chaise* en la que se hallaba sentado.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señorita. De hecho, antes de que mi padre muriese, había hortensias en el

jardín delantero, pero mi hermano ordenó que las quitasen hace unos días. Puso ligustros en su lugar, y aseguró que estos jerarquizaban la propiedad.

Aquello me dejó en silencio. O yo recordaba mal o Baldwin había dicho que...

Edward me miró como esperando que contestase algo.

Sonreí por obligación. Creo que lo notó.

—Supongo que cada persona tiene gustos diferentes en decoración y paisajismo. Es algo muy personal, como el aroma de los perfumes, ¿no lo cree

usted? —le dije.

Mi padre miró a Edward y luego a mí. Supongo que no acababa de entender cómo habíamos llegado hasta ese tema.

—¡No me hable de decoración, por favor! —dijo Edward, llevando una mano a la frente y alzando las cejas—. A mi hermano se le ha ocurrido redecorar toda la vivienda. Está gastando una fortuna y no sé si está quedando tan bien. Todo a su gusto, sin preguntar a nadie.

Me moví incómoda en el sofá, a pesar de que me encontraba en un asiento de un solo cuerpo, más mullido que cualquier otro en que me hubiese

sentado.

Edward miró en derredor, especialmente las cortinas y la alfombra, y negó levemente con la cabeza.

—Tiene gusto de caballero soltero. No hay nada que se pueda hacer — comentó Edward.

—A mí me parece agradable —se apresuró a decir mi padre.

—¿Y usted qué opina? —me acorraló Edward.

—Creo que tiene gusto de caballero soltero, como usted dice, pero no considero que eso sea algo negativo. Encuentro su estilo muy... —volví a

plantar la vista sobre las cortinas de terciopelo, de un marrón tan oscuro que parecía negro, bordadas con diseños intrincados y recargados— elegante.

Edward mantuvo sus labios presionados y redondeó más los ojos, como si contuviera la risa.

La charla fue breve. Las visitas de cortesía no podían ser demasiado largas y estaba claro que mi padre no lograría ver al señor de *Windy House*, ese por el que se había tomado el trabajo de llegar hasta allí.

Ambos nos fuimos frustrados, aunque por causas diferentes.



D:

Es el destino un genio torpe, y a veces juguetón, que no sabe bien cómo hacer girar las historias. Me sentí empujado a actuar.

A pesar de que la señora Robards había dejado el castillo por su propio deseo, todos seguíamos preocupados por su familia. A veces los visitábamos con Neil, a veces iba yo solo. Un día coincidí con Rachel allí.

Cuando ingresé en la sala donde se

encontraban, el lugar que ocupaba Rachel parecía brillar. Solía sucederme eso: que perdiera la visión del contexto al hallarse ella en algún sitio. Solo puedo decir que vi a la señora Robards sentada, y una vieja mesa de hierro forjado y oxidado con unas tazas encima, que Rachel me sonrió con mucha ternura, y que uno que otro niño vino a saludarme. No podría siquiera asegurar cuántos pequeños había.

Me sumé a la plática e intenté parecer sensato.

Ella llevaba un rato charlando con la señora Robards, mientras bebían un café

con aspecto muy lavado. También me ofrecieron la infusión, pero preferí declinar. Ni tenía suficiente color para parecer café ni olía a café. Había un difuso aroma a guisado de la noche anterior que se metía por los orificios nasales.

Luego nos retiramos juntos.

Me había decidido a contar a Rachel todo lo que conocía, incluso lo que Edward me había dicho como un secreto personal. Sabía que mi amigo me perdonaría el desliz de comentarlo a alguien a quien podríamos salvar.

—Rachel, hay algo que tengo que

decirte.

Detuve el paso. Nunca lo había hecho antes mientras caminaba con ella. Nuestras reuniones siempre se habían basado en excusas u ocultamientos.

Se detuvo. Me miró con atención, esperando que continuara.

—No sabes lo que estás haciendo. Baldwin no es lo que imaginas.

Ella se cruzó de brazos y me miró con el rostro tenso, parpadeando más veces de las que yo hubiese deseado.

—Tengo información que puede interesarte —continué.

—Te escucho —me dijo, con las cuerdas vocales rígidas.

—Ha testado. La mitad de su propiedad, que no está vinculada, y que su padre le legó con un testamento, pasará a sus dos hermanas. Si no tiene hijos y Edward lo sobrevive, este heredará por primogenitura, es decir, la parte de la propiedad que está vinculada. Te pregunto ahora: ¿por qué testa un hombre que está a punto de casarse, que espera tener un heredero para su propiedad?

—No hay manera de saber si eso es cierto... Muchas veces se habla de

testamentos que...

—El albacea del testamento es un colega de Edward. Se lo ha contado a riesgo de perder la confianza de Baldwin si esto se supiera, por lo que debes mantener esta información como un secreto.

—Es muy inteligente de tu parte que me digas algo que lo deja mal ante mis ojos y no me permitas preguntarle si es cierto —me dijo, y miró el camino que la separaba de la casa de la vicaría, como si quisiera abandonarme.

Inspiré mucho aire. Me costó dejarlo ir.

—¡No es una especie de trampa! Es la verdad —le dije, procurando que mi voz sonara tajante.

—Tengo dudas al respecto.

—Si las tienes, te diré algo más. Manejo las cuentas de la hacienda de los Loring y puedo asegurarte que Baldwin ha puesto gran parte de su fortuna en inversiones de alto riesgo. Está jugando a la ruleta con la fortuna de su familia, Rachel, ¿lo entiendes?

—¿Cuál es el problema? Seguramente recibirá mucho dinero si gana. ¿No hacen eso todos los hombres ricos?

—No, los hombres ricos no hacen eso.

Eso hacen los hombres que quieren volverse ricos rápidamente. Tampoco hacen eso los hombres ricos que quieren establecerse. ¿Entiendes por qué te estoy contando todo esto?

—No, no lo entiendo —me dijo.

Me miró con los ojos fijos y la boca entreabierta.

—Ya hay gente que los ha visto, Rachel, e imagino que tienes la ilusión de que te propondrá casamiento. Déjame decirte algo: no lo hará.

Abrió más los ojos y retrocedió.

—¿De qué gente hablas? ¿Por qué sacas esas conclusiones?

—Los chismes han comenzado a correr.

—Tú también los desperdigas...

—Yo no los desperdigo. Jamás lo haría. Yo solo te pongo al tanto.

Sus ojos comenzaron a humedecerse. Di otro paso hacia ella, pero luego me detuve.

—¿Por qué lo haces?

Me acerqué un poco más. Me sentía un perdedor, cansado y abatido, sin más fuerzas para enfrentarme a los sentimientos de Rachel o intentar ordenar la injusticia de toda la situación.

—Porque me importas —le dije. Ese fue el mejor resumen que pude lograr.

Sacó de su ridículo un pañuelo con el que se secó los párpados y las mejillas, y siguió caminando a mi lado. No dijo nada más sobre el asunto de Baldwin, sino que se mantuvo unos minutos en silencio y luego comenzó a hablar sobre otros temas que nada tenían que ver.

Parecía que nuestra conversación, tan trascendente para mí, no hubiera ocurrido.



R:

Lo que Dugan me había dicho repercutió en mí. Me pasé todo ese día pensando en sus palabras y en cuánto podían tener de ciertas.

¿Podía ser que Dugan estuviese celoso, no como un hermano sino como un hombre? ¿Era una dama presuntuosa por pensar así? ¿Yo le importaba? ¿Podía creer en el más noble de sus motivos? ¿Había algo de cierto en todo lo que me había dicho?

¿Cómo podía Dugan mentir? Nunca lo había hecho. La relación con él había crecido desde la curiosidad hasta una

amistad profunda porque la confianza era su sostén. ¿Qué me había hecho Baldwin que ahora era capaz de dudar incluso de ese vínculo? Desde ese momento me prometí andar con más cuidado.

Las cosas empeoraron al día siguiente. Mi padre me dijo que debía ser más cuidadosa en mis diálogos con los caballeros. Me comentó que el nuevo cura me había visto con Baldwin en la campiña. También le había dicho que aquello podría acarrear problemas a nuestra familia. Mi padre aseguró que nadie más lo sabía. Acotó que probablemente fuera Baldwin un hombre

noble, dispuesto a demostrar las mejores intenciones conmigo, pero que debía conservar las formas. Me instó a no volver a verme con él a solas, pero procuró tranquilizarme diciendo que el cura no había comentado las noticias a nadie más. Yo sabía que eso no podía ser cierto.

La pesadez de emociones que trajo ese día solo podía tolerarse con la lectura. Al mediodía me dirigí hacia mi sitio favorito, cargando el pequeño libro que Baldwin me había regalado. Llevaba tiempo sin ir a la biblioteca circulante, por lo que era la única novedad que tenía. De haber contado

con un libro desvinculado de Loring, de seguro lo habría elegido.

Me encontré durante el camino con el chismoso cura. Lo saludé con frialdad y lo miré como se mira lo insignificante. Mis primeras ideas sobre él ya habían cambiado al lado opuesto.

Llegué a destino sin más sobresaltos.

Me gustaba sentarme a leer bajo las amplias ramas de un roble particular, que prefería por lo frondoso y la intimidad que brindaban los arbustos circundantes. Allí había practicado mis primeras lecturas y era un lugar tranquilo donde mi padre no podía

revisar mis libros. Un refugio para dejar volar la imaginación y aislarme de los rumores del mundo.

Un tablero de madera, que yo misma había recogido, cargado hasta el lugar y colocado sobre dos piedras, hacía las veces de banco personal. La superficie era lisa, aunque dura. La soledad compensaba la falta de confort.

Me senté y permanecí allí en lo que habrá sido más de una hora, hasta que los cascos de un caballo demasiado cercano me interrumpieron.

Miré hacia el jinete. Estaba ya irritada antes de saber quién era, pero mirarlo

solo aumentó esta emoción.

Antes que su voz escuché el resoplar del caballo, cansado del galope al que lo habían sometido.

—Perdóneme por no haber podido recibirlos el día de su visita. Estaba muy enfermo, pero ya he mejorado.

Algo en su mirada me decía que mentía.

—Iba rumbo a la casa de la vicaría, a devolverles el gesto —me dijo, moviendo con galantería el pequeño mechón de cabello ondulado que le caía sobre la frente—. Llevo como obsequio un té excelente que nos acaba de llegar.

Es lo menos con lo que puedo compensar una tarta tan deliciosa.

Permanecí sentada.

—Creí que había estado muy enfermo.
¿Pudo probar la tarta?

Miró hacia la derecha, pero no había nada allí. Solos nos rodeaba el camino, mi roble preferido, unos arbustos y vastas extensiones de campo.

—Sí, pude. Al día siguiente mejoré y por supuesto que quise probarla. Estaba deliciosa —concluyó.

Asentí con la cabeza y me puse de pie.

Fui hasta su caballo y lo miré a los

ojos. Él pareció entender que debía apear-se.

Se colocó frente a mí, demasiado cerca.

—Sabe muy bien que me compromete al vernos en estas condiciones —le dije, sin más preámbulos, cuando él comenzó a acercarse de modo lento hacia mis labios.

Retrocedí.

—Nos comprometemos ambos, ya lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Y qué piensa hacer al respecto?

Se mordió el labio inferior y me miró

en silencio.

—¿No estaremos tomando esto demasiado en serio?

—No lo sé. ¿No es serio?

Los milímetros que su cabeza se movía denotaban sus nervios.

—Me refiero a lo que la gente pueda decir.

Me crucé de brazos y lo miré con rostro interrogativo. Retrocedí todavía más. Si alguien pasaba por allí, quería que nos viera muy distantes.

—No les haga caso —me dijo, reduciendo el espacio entre los dos.

—Eso es fácil de decir para usted. Yo soy una dama.

Miró al cielo, extrañamente límpido, y torció la boca en un gesto de fastidio.

—¿Le parece bien si la dejo en soledad y sigo camino hacia su hogar? Podemos encontrarnos allí, de «casualidad», más tarde.

—¿Usted cree que no sé que le disgustan las hortensias y que ha invertido gran parte de su fortuna en negocios de alto riesgo?, ¿que no se me ha pasado por la cabeza que usted es un soltero empedernido? ¡No sé si nos volverá a unir la casualidad! —le dije.

Hervía de rabia. Quería lanzarme a él y golpearle el pecho hasta cansarme, pero la batalla estaba perdida de antemano.

Cuando me acerqué, sonrió pensando que me había arrepentido del duro tono utilizado. Se sorprendió cuando separé su chaleco de su camisa y dejé caer entre las prendas el pequeño libro que me había regalado.

—¡Ya no lo quiero!

Mas la suerte fue mala, muy mala conmigo otra vez. La señora Forbes, una de las chismosas más consagradas del pueblo, nos había visto.

• Capítulo IX •

D:

Edward me relató que había tenido una discusión con Baldwin, en la que le había intentado hacer entender que estaba arruinando la reputación de Rachel. Los chismes no pudieron pararse cuando la horrorosa señora Forbes, compendio de todo lo que disgusta de la ancianidad, los vio con sus propios ojos, aunque necesitase un monóculo.

Baldwin había negado ante su hermano haber hecho algo que dañara la reputación de la joven. Decía que todas eran historias inventadas, a las que él no tenía por qué reaccionar. Como cierre indigno, decía que había sido la señorita Stewart quien se había acercado más allá de lo que correspondía a una dama y había tocado su ropa para hacer algo que rozaba lo indecente, y no él.

Como era de esperarse, Edward ardió en furia, tanto en *Windy House* como al revivir la historia, al contármela. Las venas se le habían hinchado y parecía que se su piel se iba a rasgar allí donde se veían. Tenía el rostro rojo y la mirada

colérica. En esa ocasión lo sentí aún más amigo.

En el pueblo se llegó a decir que Rachel se hallaba, por disposición de su padre, en un estado de reclusión, casi apresada. Esto podía ser cierto, ya que llevaba dos semanas en intentos infructuosos de encontrarme con ella, rondando los lugares en los que siempre la veía: las tiendas de telas, de sombreros y de papeles. Los caminos que nos habían unido en diferentes charlas ya no la sentían; se estaban comenzando a olvidar de sus pasos, pero yo no.

Solía pasarme las noches dando vueltas a estas ideas, cuando el trabajo agotador del día ya había pasado. La voz de Daphne, que leía cuentos a Rebecca, se perdía entre el crepitar del fuego. Yo me abstraía. Percibía el olor a humo, pero por un hechizo de transmutación yo podía imaginarlo como el perfume de Rachel si lograba concentrarme.

Neil me confrontó una de esas noches.

Se sentó en el sofá frente a mí, en la sala, luego de que el resto de la familia se fuese a dormir.

—Sigues ensimismado.

Yo tenía la espalda gacha y los ojos fijos en la unión de mis manos, que reposaban sobre mis rodillas.

—¿Puedes ponerte firme?

Me tensé lentamente. Lo hacía solo por el cariño que le tenía y no porque tuviese ganas de obedecer.

—No te lo digo como una orden —me dijo, estirando su torso hacia mí—. Te lo digo porque esa actitud corporal que llevas entristece incluso a los que te ven; mira si no te va a entristecer a ti.

—¿Tú crees que sea así?

—Estoy seguro —contestó, adquiriendo también una postura recta

— Debes tener otra actitud corporal; y te diré más: debes tener otra actitud para contigo.

—¿A qué te refieres?

—A que debes aprender a valorarte.

La voz era firme, pero el rostro estaba un tanto inclinado. Su semblante me parecía fraternal, como lo había sido siempre. Continuó:

—Me has mentado. No sé por qué, pero me has mentado. Estás enamorado de la hija del vicario. ¿No es así?

Ya no tenía energía mental para sostener una farsa.

—Sí, así es.

Se puso de pie y acercó más su viejo sillón. Volvió a sentarse, con actitud de camaradería.

—¿Acaso no me lo podrías haber dicho?

—Temí que no me comprendieras... Temí un discurso muy largo... No sé... Lo que más temí que me dijeras, quizás, es que no podía hacerme ilusiones con ella. —Desvié mi mirada al fuego—. Me asustaba que me dijeras que pensabas lo mismo que yo pienso de mí.

—Pues temiste mal, hermano —me contestó—. Nunca he pensado lo mismo

que piensas de ti. Pareces creer que no eres nada, que no vales nada. Vas por la vida con actitud de joven que se comporta muy bien, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas también juntas, como temiendo a la vida, como temiendo no ser suficiente. No sé de dónde has sacado todas esas ideas que de alguna manera te rondan en la mente. Tiene que ser mi culpa —concluyó, y comenzó a mover la cabeza a los lados.

—Nada ha sido tu culpa, Neil —le dije, dirigiéndole mi mirada más sincera.

—Siempre intenté que te valoraras,

pero no lo he logrado. Como te crie durante buena parte de tu infancia, debo concluir que fallé.

—No eres mi única influencia; hay un mundo ahí afuera que me lanza sus mensajes más o menos explícitos: sé fuerte, sé duro, sé aguerrido.

—Ya lo sé, querido, y ese mundo no es justo —me dijo, colocando su mano sobre mi hombro.

Asentí.

—¿Te das cuenta de que no es justo?, ¿o es que a esta edad todavía debo decírtelo? ¿Te creerás aquella historia de que cada cual tiene lo que merece?

Lo pensé durante un momento, pero sentí como si doliera hacerlo. Mi hermano siempre tan filosófico y yo siempre con la mente tan nublada. Solo podía ver con claridad las imágenes compuestas por números.

—Ahora debes estar pensando en mil ejemplos de justicia que se te mezclan con otros mil de injusticia y no llegas a nada, ¿no es así?

Volví a asentir en silencio.

—Dugan, debes reaccionar. Tienes que ver todo lo valioso que eres.

Mi mirada se desvió al piso de piedra. Bloques que encastraban, pero

eran irregulares.

—No lo sé. No me siento así.

—Es que justamente ahí está tu error de cálculo. Llevas bien los números sobre los papeles, pero bastante mal los que se refieren a ti. ¿Es que no ves tus logros y cualidades? ¿Es que solo son advertidos por los demás?

—Lo ven así porque me aman.

Golpeó sus rodillas con las palmas. Supuse que había logrado que se enojara.

—Siempre tienes una excusa para que lo bueno en ti no cuente.

Suspiré. Estaba mentalmente exhausto.

—No te das cuenta de que has logrado salir de aquí, siendo nosotros de muy escasos medios, y construir una carrera casi tú solo. No te das cuenta de que has logrado sacar a este castillo del borde de la ruina económica. No te das cuenta de que tu nombre está bien visto en todo Durham y se te conoce incluso en Londres como una persona responsable y que sabe hacer su trabajo a conciencia. No te das cuenta de que ese nombre te lo has hecho en base a esfuerzo y desvelos. No te das cuenta de que eres una parte importante de la alegría de este hogar, ahora disminuida por tu tristeza actual.

No te das cuenta de que Daphne te quiere más que a su hermana. A veces, incluso pienso que al aceptarme también pensaba en ti.

—Eso es ridículo.

—No, ridículo es lo que tú piensas. No te das cuenta de que yo, querido, si hubiera tenido que elegir un hermano hijo de mis padres, no hubiera elegido a otro que a ti, que no puedes ser mejor hermano de lo que eres, que no puedes ser más afable, más bueno, más integro, más noble.

Algo brillaba en sus ojos y creo que también en los míos.

Juntó los labios y esperó a que las ideas se me asentaran.

—¿Lo entiendes? —me preguntó.

—Intentaré entenderlo.

—Inténtalo con mucho ahínco. ¿Tengo que concluir, entonces, que eres mucho más valioso de Baldwin Loring?, ¿o ya lo has entendido?

—Ya lo entendí.

—¡Gracias al Cielo! —dijo, mirando al techo del castillo.

Yo también lo miré, por si su frase tuviera algún dejo irónico y hubiera un murciélago escondido allí. Solo se veían

aquellas vigas de madera que siglos antes habían sido talladas con destreza y hermosura, ahora ennegrecidas por el humo de la chimenea; y las tablas, igualmente oscuras, que, colocadas una junto a otra, formaban el entrepiso.

—Tú no crees en ese cielo.

—Pero se me han pegado algunas frases de Daphne.

Le sonreí.

—Ya veo —contesté.

—Volvamos al tema. ¿Sabes si ella está interesada en él?

—Se dice que no, pero se dicen tantas

cosas...

—¿Le dijiste lo que sentías por ella?

—No. Lo más que le he dicho es que me importaba.

—Tiene la reputación muy golpeada ahora, pero pasará y la liberarán. Maldita palabra esa «reputación», si hasta suena mal; la odio. Te juro que jamás escribí algo que no fuera biográfico que pudiera contener esa palabra.

No era necesario que lo dijera. Neil odiaba casi todo lo que tuviera que ver con imposiciones de la sociedad y jerarquías de mando.

—Debe estar sufriendo —le dije, como un pensamiento en voz alta.

Me dio dos palmadas fuertes en la espalda.

—Deja de pensar en pasivo y comienza a pensar en activo. ¡Piensa en cómo hacer para ayudarla! Ella no sabrá que la quieres si solo te dedicas a ser testigo de lo que le pasa.

Las palabras de Neil comenzaron a repetirse en mi cabeza.

Testigo. Testigo. Entonces se me ocurrió. Comenzó como el destello de una vela en la noche, pero después se prendió, como si hubiera incendiado

hierba seca, y luego siguió creciendo.

—Tienes razón, Neil, eso haré.
Gracias por tu preocupación.

Quería que se marchara. Quería que la idea siguiera su curso de maduración, para lo que necesitaba de soledad.

Nos despedimos y se alejó, mirándome con mucho detenimiento mientras tomaba el camino hacia la biblioteca. Creo que no terminaba de creer que sus palabras hubieran podido calarme, pero sí lo habían hecho.

• Capítulo X •

D:

Estaba claro desde un principio, aunque yo no lo hubiera pensado así. El chisme debía combatirse con chisme, hasta que todo quedase hecho un solo embrollo donde no se pudiera distinguir lo falso de lo cierto.

Ese día, luego de terminar mis cuentas en una hacienda vecina, me dispuse a intentar encontrarme de «casualidad»

con las señoras y señores más entrometidos del pueblo. Todos los conocíamos: eran aquellos que siempre tenían algo que decir sobre la vida de los demás y poco sobre la propia.

Logré hablar con cuatro de los cinco chismosos más importantes. La quinta, que era la misma señora Forbes, no estaba dentro del listado de gente a «toparme».

Había desarrollado la historia con mucho detalle y antelación, primero en mi cabeza y luego en un papel. La había memorizado. Todos escucharon el mismo relato. Pude ser muy consistente.

Yo iba hacia la parroquia, a pedir un favor al señor Stewart, cuando me encontré con la escena de Baldwin Loring y la señorita Stewart. Discutían en voz tan alta que hasta yo podía escucharlos. Se encontraban muy distantes entre ellos, como vi claramente al usar mi monóculo. Mi ángulo de percepción era mucho mejor que el de la señora Forbes, y mi instrumento óptico también contaba como ventaja. Era lógico que la visión de la dama, disminuida por la edad avanzada, le hubiera hecho malinterpretar las distancias. Los jóvenes peleaban por algo tan intrascendente como quién tenía

las mejores manzanas, si la tierra de los Loring o la gleba de la vicaría. Les comenté que esto tenía sentido, porque la señorita Stewart se encontraba muy orgullosa de sus tartas de manzana, a las que consideraba las mejores de Durham, y quizás de toda Inglaterra. Para finalizar, les hice entender que yo había observado incluso la despedida entre el señor y la señorita, que se miraron con desdén porque no habían llegado a un acuerdo sobre los mejores manzanos.

No supe cuánto había logrado que me creyeran, pero sí sabía, porque los conocía, que cuchichearían entre ellos, que intercambiarían ideas y detalles.



D:

Había pasado una semana y Neil entró a paso apresurado en la biblioteca, donde yo trabajaba sobre algunas cuentas.

—Acaba de llegar de visita la señorita Stewart —dijo, poniendo pose de dama que carga una canasta—. Ha traído manzanitas —dijo, imitando la voz de su hija.

Esa personalidad paralela a la del otro Neil emergía solo cuando estaba

muy contento. Yo lo estaba más, por lo que dejé al momento mi pluma y me dirigí a la sala.

Él caminó a mi lado. Me susurró que la noche anterior había quemado una cuartilla que tenía una historia que se titulaba «cuento de las manzanas». Me aclaró que debía guardar mejor los escritos y que debía agradecerle por todos los años en los que me había entrenado en composición de historias.

Cuando entramos en la sala, Rachel se puso de pie y nos saludamos. Me dedicó su mejor sonrisa; la mejor que me había dedicado hasta el momento, al menos.

—He venido a agradecerte, Dugan. Sé que la nueva versión sobre lo ocurrido junto al gran roble ha partido de ti. Como a mi padre le han entrado dudas, ahora me ha dejado volver a visitar a los pobres, y aproveché la oportunidad para venir.

—O sea que estabas realmente presa... —le dije, sin cuidar demasiado mis palabras.

—Algo así.

—No hay nada que agradecer. Yo solo hago honor a la verdad —le dije.

Neil miró por la ventana, supongo que para ocultar que estaba riendo. Daphne

compuso con esfuerzo una pose seria.

—A modo de agradecimiento, les he traído las mejores manzanas de la gleba.

—Seguramente mejores que las de Loring —le dije.

Me miró con una mezcla de agradecimiento y cariño.

La conversación continuó sobre cuestiones superficiales. Aunque pretendí acompañarla en soledad hasta la salida, ella pidió que Daphne también lo hiciera. Su padre le había exigido tener siempre una carabina a su lado. Mi cuñada tomó a la pequeña Rebecca de la mano y nos acompañó.

Daphne se adelantó lo suficiente para permitirnos hablar en voz baja.

—He sido tan idiota, Dugan.

No le contesté. Llevaba los brazos cruzados en la espalda y la vista clavada en el suelo empedrado. Entonces me acordé de las palabras de mi hermano y enderecé mi posición.

Ella me miró, intrigada, como si no reconociera ese gesto en mí.

—De verdad le creíste que era un sentimental —dije, como un pensamiento en voz alta.

Seguí a mi sobrina con la mirada. No quería contemplar a Rachel.

—Sí, así fue. Pero no pasó nada de lo que creen.

—No debes darme explicaciones —le dije, cuando ya llegábamos a su caballo.

Daphne se fue a dar vueltas por los alrededores, observándonos cada tanto.

Rachel tomó las riendas que le entregaba Slade y se paró frente a mí. La posición no me daba más alternativa que mirarla.

—Espero que me perdones. Siempre te estaré agradecida.

—No tiene importancia. Recuerda que dijiste que éramos como hermanos.

Hizo un gesto de negación.

—Sé que no estuviste cerca cuando ocurrió aquello con Baldwin —me dijo, en algo que era apenas un susurro.

—Eso es lo de menos. Causó el efecto buscado, que era el ruido.

Se instaló entre nosotros un breve silencio, destacado por el silbido del viento frío que soplaba desde el nordeste.

—Elegí tan mal —dijo ella.

—En eso tienes razón.

Pedimos a Daphne que sostuviera su sombrilla y le ayudé a subir al caballo.

Volvió a cubrirse del supuesto sol, que en realidad se escondía tras un puñado de nubes.

—Adiós, señora McKay. Adiós, Becca. Adiós, Dugan, gracias por todo.

—Adiós. Y deja de pelear contra ese lunar junto al ojo. Es hermoso.

Ella giró el rostro. Quizás quería comprobar que yo realmente había dicho eso.

Daphne me miró como si no me conociera. Rebecca se rio de mí.

Sonreí con satisfacción. Quizás Neil también lo habría hecho si me hubiese escuchado.



R:

Me sorprendió mucho cuando la señora Robards me lo dijo, pero Baldwin Loring se estaba dejando ver entre los pobres. Aquello tenía que ser una novedad en nuestro pueblo, donde no ocurrían muchas cosas diferentes.

Esto me hizo suponer, durante algunos días, que quizás Loring se hubiera arrepentido de haber jugado conmigo. Me gustaba pensar que a veces me equivocaba en los juicios sobre las

personas, aunque fuera el segundo o tercero diferente que colocaba sobre la misma cabeza.

No lo pude acabar de creer hasta el día en que nos encontramos en la casa de la señora Robards. Yo me marchaba; mi visita había concluido ya. Él llegaba con un sirviente, cargado de costales que parecían contener harina.

El espacio de tiempo para poder conversar fue breve. Duró lo que tardé en caminar alejándome y su sirviente en arrastrar los costales hasta el interior de la vivienda familiar.

—Debe disculparme, por favor, yo no

quería... —Me extendió un brazo e hizo caer la línea de sus cejas.

—Lo que yo no quiero es volver a verlo. Jamás.

—Ese Craig le ha mentado. Solo dígame si me equivoco o no.

No le contesté. Hui de él a la velocidad que mis piernas me permitían.

Creo que la señora Robards lo notó, porque emergió por la puerta de su hogar para pedirle a Loring que por favor pasara a su humilde casa. Lo hizo en un tono que era casi una orden, disparatado para alguien de su clase.

Creo que la señora Robards me

quería, sabía el daño que había sufrido y deseaba protegerme.



D:

Supe de ese encuentro, aunque lamentablemente no podía conocer sus detalles. El muchacho que había transportado los víveres hasta dentro de la casa de la señora Robards no tardó en contar su visión del incidente a Edward. El camino de la noticia hasta mi oído fue entonces corto.

—Un muchacho que acompañó a

Baldwin hasta la casa de los Robards comentó que Rachel y mi hermano habían tenido un nuevo intercambio de palabras. Ella se veía muy nerviosa, según contó. También dijo que no pudieron continuar porque fueron interrumpidos por la señora Robards, a la que parecía disgustar el coqueteo frente a su casa.

—No lo puedo creer... después de todo lo que sufrió.

—Ten en cuenta que esta es una versión muy confusa de un testigo poco informado.

—Sí, claro, Loring. ¡Como lo enredas

todo con tu dialéctica de abogado!



R:

Yo conocía la amistad que unía a Dugan con Lazarus. Nunca le había preguntado dónde se recostaba el felino, pero me pareció que llevarle una yacija sería una buena manera de recuperar parte del cariño de Dugan.

Tomé recortes de tela que habían sobrado de la confección de mis vestidos y creé una pequeña habitación con forma de cueva, donde pudiera

sentirse abrigado. Para dar un toque de ternura, coloqué dos moños azules a los costados, cual si fueran orejas. Me pareció que el resultado era muy simpático.

Ese mismo día lo llevé a Dugan. Me presenté en el castillo de los McKay pidiendo realizar una visita a la señora. De ese modo me aseguraba de que Daphne estaría presente, haciendo las veces de carabina.

El tiempo estándar para una visita de rutina estaba por terminar y Dugan no llegaba. En cualquier momento tendría que finalizar con naturalidad la charla y

marcharme, o podría ser considerada descortés. También se me pasaba por la cabeza que tales normas, que siempre me preocupaba por cumplir, solo podían ser consideradas por mí, pero de ninguna manera por los McKay, gente poco afecta a las convenciones.

Entonces entró en la sala. Recuerdo el cabello algo despeinado, unos zapatos viejos y una chaqueta gris oscuro con poco estilo. A pesar de ellos, ese día lo encontré más interesante, como si hubiera crecido o se hubiera vuelto un hombre de repente.

Levanté el regalo y se lo entregué.

—Buenas tardes, Dugan. He traído un regalo para Lazarus.

Lo sostuvo en sus manos y lo miró, entre azorado y entretenido.

—Gracias. Eres muy amable —dijo.

Lo colocó en el suelo y Lazarus se acercó a olerlo, pero no tuvo intención de ingresar en él.

Dugan tomó al animal con suavidad y lo colocó en su nueva cama, pero el gato saltó más rápido que si el piso hubiera estado hirviendo.

Miré al suelo, avergonzada.

—Ya se acostumbrará —me dijo

Dugan—. Es un gato viejo y tiene sus mañas.

A pesar de que se sentó en la sala con nosotras, y de que participó en algunas conversaciones, parecía dispuesto a estar callado.

No, Dugan ya no era el mismo de antes. ¿De antes de qué? Tampoco podía respondérmelo con seguridad.

Daphne fue llamada a gritos por su hija, que acababa de terminar de hacer alguna travesura en una habitación lateral. Nuestras miradas se encontraron.

Sus brazos descansaban, calmos, al costado de su cuerpo. Sus ojos, más

celestes por la influencia del sol de la tarde, pestañeaban a ritmo regular mientras me miraban. Nada en él parecía decirme que me alejara y, sin embargo, estaba distante.

—Extraño mucho nuestras conversaciones a solas —susurré.

No sé si asintió o me pareció que asentía. El movimiento del rostro fue milimétrico. No quiso continuar con esa conversación.

—¿Me has extrañado también? —le pregunté, aunque debí juntar mucho valor para decir aquello.

Se mordió el labio superior.

—¿Puede ser, Rachel, que te sientas tan despechada por el trato que Baldwin te ha dado que estés buscando algún hombre masculino en el cual descargar tu llanto? —su voz apenas se oía, pero las palabras fueron pronunciadas con una dicción pulcra y un espacio pasmoso entre una y otra—. ¿Puede ser que el más cercano de esos hombres sea el mío?

Me sentí una persona sucia. ¿Realmente estaba haciendo eso? ¿Qué quería de Dugan? Era algo que todavía no estaba claro para mí. ¿Cómo podía responderle?

—No me acerco a ti por considerarte un objeto útil —contesté.

Creo que Daphne escuchó la frase final, porque estaba ingresando de nuevo a la sala mientras la pronunciaba, pero hizo de cuenta que no la había oído.

Decidí terminar la conversación allí, aunque ya no fui capaz de volver a sonreír. Las ilusiones con las que había ido a visitarlo se habían deshecho ante las palabras de Dugan, como castillo de arena bañado por una ola.

Tenía que evaluar mejor mi comportamiento, tenía que encontrar mis respuestas. Entonces solo sabía que el

mundo parecía un lugar más cálido cuando lo tenía cerca.



D:

Cuando me lo dijo, no lo podía creer.

Había ido, como cada mes, a entregarle los balances de sus actividades y el dinero que había recolectado de sus inquilinos, pero ese día había en él algo diferente, o quizás más sincero y descubierto que el resto de los días. Tal vez era más Baldwin Loring que nunca.

No se levantó siquiera a saludarme. Me indicó con un gesto que dejara la recaudación sobre su gran escritorio. Después cruzó los brazos, se afirmó bien en su nueva silla principal y me miró como si con ello pretendiese petrificarme.

Tomé la cinta negra que llevaba al cuello, de la que colgaba mi monóculo, para calmar mi ansiedad.

—Ahí están sus honorarios —me dijo, haciendo volar una bolsa con dinero sobre el escritorio. Fue a parar a la silla que se encontraba al frente, la que yo no había tomado porque no me había sido

ofrecida.

Tomé el dinero y lo guardé en un bolsillo interno de mi gabán.

Ya estaba dispuesto a marcharme sin saludarlo cuando comenzó con su intento de interrogatorio.

—¿Tiene usted una relación muy estrecha con la señorita Stewart?

También me crucé de brazos. Quería demostrarle que no estaba ni más abierto ni de mejor humor que él.

—Soy el administrador de sus fincas. Lo que haga o no con mi vida personal creo que no le incumbe.

Se puso de pie, descruzó los brazos, colocó la mano derecha en forma de araña y asentó al insecto sobre su escritorio. Puso los labios en forma de o, y por un momento creí que se veía mucho más estúpido de lo esperado.

—La señorita Stewart ha cambiado su comportamiento conmigo, y creo que su relación con ella puede tener mucho que ver. Se dice que usted nos vio durante el encuentro en el campo que tantas ampollas causó a los más recatados, pero yo no recuerdo haberlo visto. También sé que la señorita ha visitado el castillo. No crea que usted es el único que cuenta con medios para enterarse de

las noticias personales de los demás.

—No me interesan las teorías de espías que usted haya podido imaginar. Si no tiene nada que decirme con respecto a mi desempeño laboral, me marcho enseguida.

Descrucé los brazos, y ya estaba por girar hacia la puerta, cuando me espetó:

—Márchese, pero hágalo para siempre.

—¿Cómo me dice?

—Que yo no quiero espías por aquí, entre los míos. Usted era un hombre de mi confianza, y esa confianza ha sido violada.

Cruzó los brazos otra vez y apoyó una cadera contra su escritorio.

—El contrato entre nosotros está acabado. Buscaré un nuevo administrador.

Me froté el mentón con el dedo índice, como si me picara mucho. Sin duda, en algún lugar de mí algo me picaba mucho. El deseo reprimido de lanzarle un puño a la cara, quizás.

—No puedo expresar cuánto me alegra esta noticia —le dije por fin.

Sacudió su mano delante de mí, como se haría con un animal que quiere correrse de un salón, para indicar que no

deseaba verme.

Aunque el cese de esa relación contractual representaba una pérdida importante en mis ingresos, abandoné *Windy House* con una sonrisa de satisfacción.

Sabía que eso debía ser así.

Ahora tenía otro problema. Debía buscar nuevos clientes que pudieran compensar la pérdida económica que había sufrido; debía hacerlo por mí y por toda mi familia.

Si te gustó...

Si te gustó esta novela, puedes adquirirla en Amazon desde [aquí](#).

Biografía de la autora



Dorothy McCougney es el nombre de pluma de una escritora argentina que imagina el paraíso como una biblioteca y vive en una provincia con forma de corazón junto a su marido y su gato negro.

Fue ganadora del Concurso de relatos del II Encuentro de Novela Romántica en Tarifa, España.

Entre sus novelas encontramos: *Hasta que me odies*, *El perfume de la esperanza*, *Si el jazmín hablara* y *Donde no imaginas*. Sus últimas dos obras publicadas pertenecen a la **serie Durham**.

Su principal pasión en la actualidad es la creación de novelas románticas (con interés especial en el período de la Regencia Inglesa).

Puedes conocer más sobre ella y leer algunas de sus obras de modo gratuito en

su sitio
web: <http://dorothymccougney.com>.

Si quieres estar al tanto de sus publicaciones y otras novedades, no dudes en seguirla en [Twitter](#), [Facebook](#) o [Google+](#).

Notas de la autora

[1] Cerebro de corcho era una expresión común de la época para referirse a una persona tonta. ([◀Volver](#))

[2] Fragmento del poema titulado *Bright Star* de John Keats. ([◀Volver](#))